

**PARADOJAS DEL SUR.
QUINQUELA Y EL RIACHUELO**

MARTHA ARIAS

**PARADOJAS DEL SUR.
QUINQUELA Y EL RIACHUELO**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2007

Arias, Martha

Paradojas del sur. Quinquela y el Riachuelo.

1a ed. - Buenos Aires: Dunken, 2007.

88 p. 23x16 cm.

ISBN 978-987-02-2621-5

1. Narrativa Argentina . 2. Testimonios. I. Título

CDD A863

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2007 Martha Arias

e-mail: marthza@hotmail.com

ISBN 978-987-02-2621-5

RECONOCIMIENTO

Tengo que agradecer a un árbol.

A un árbol humano con numerosas ramas.

Cada rama del árbol, más gruesa o más delgada, me brindó las hojas que pudo.

Con esas hojas solidarias armé el follaje de mi libro.

Y se lo ofrecí a Quinquela.

Entrevistas realizadas:

A docentes que trabajaron en la Escuela Pedro de Mendoza, en vida del pintor Quinquela; aportaron anécdotas, comentarios, datos.

Orlando Cella - Director.

Haydée Avellán de Leyes - Docente.

María Eugenia Bortolamedi de Ochoa - Docente.

María Rosa Ferro - Docente.

José Carlos Acosta Borghuese - Docente.

A docentes actuales; facilitaron información, el Libro de Oro de la escuela, fotografías, documentos.

Verónica Diez - Directora.

Liliana Cerruti - Vicedirectora.

Griselda Bellaera de Nielsen - Secretaria.

Al personal del Museo de Bellas Artes “Benito Quinquela Martín”; proporcionó acceso al patrimonio, datos históricos, anécdotas, folletos con producciones del pintor.

María Cristina García Pintos de Sábado - Directora.

María Cristina Villazón - Investigadora.

Leonor Masella - Secretaria.

Víctor Manuel de Melchiori - Último asistente del pintor.

A Tamara Revythis; ilustradora de tapa - Grabadora. Docente.

A Ruth Pardo Belgrano; autora del prólogo - Profesora en Letras. Escritora.

A Lilí Sosa de Newton; escucha de mi propuesta inicial - Escritora. Historiadora. Ciudadana ilustre de la Ciudad de Bs. As.

A Lilian Guidobono; colaboradora en la corrección - Docente. Autora de textos escolares.

A Ligia Aulita de Vázquez, autora de la música de “Milonguita de mi escuela” - Compositora. Docente de música.

A Noelia Villanueva y Diego Andión - Técnicos auxiliares de informática.

A Yanina Brenta - Correctora paciente de la editorial.

A Jesócrates Murad - Médico. Barítono.

A Elena de Marco - Docente. Soprano.

A María de Lourdes Zumárraga - Abogada. Soprano.

A Zulma Nicolini - Docente, Escritora y Cantante Lírica.

¡Muchas Gracias!
MARTHA ARIAS



PRÓLOGO

Desde lejanos tiempos, desde que el hombre descubrió el poder de la palabra, sintió la necesidad de narrar la aventura de vivir y de morir; de que otros conocieran su interpretación de un mundo fascinante y misterioso con mil voces perturbadoras. Tiempos de oralidad en los que inventó mitos, cuentos, leyendas que, cual gotas en la clepsidra, pasaron de generación en generación.

La escritura cambió su manera de pensar. Más racional, más científico, se interesó por el pasado de las comunidades y por el individuo en el devenir histórico. Junto al relato mítico de otrora, del actuar de dioses y de héroes de la mano de la magia, surgía una nueva forma de escudriñar el quehacer de un hombre: la biografía. Con criterio lógico, ceñido a la realidad desentrañaba una vida merecedora, por diversas razones, de permanecer en la memoria no solo oral sino escrita.

Entre la narración, a la usanza de los viejos aedos, y la biografía con telón de fondo, macro y microhistórico, Martha Arias reconstruye la vida de Quinquela. Cual moderna juglaresa, narra el drama personal del artista en un barrio lindante con el Riachuelo.

Vuela con la imaginación, animiza al río. Penetra en su sentir que, en 1880, *quieto y limpio (...) observa el zigzag de la historia, (...) ama la luz, las barcas con sirena, (...) se adormece con las canciones italianas* y manso pero, a la vez, violento ama y es amado por los inmigrantes. Y, un día, lo conmueven *las pinceladas del carbonerito en la ribera*.

La narradora intuye la simbiosis entre ese ser atípico y el río; que ambos son inseparables de un entorno social pobre, duro, difícil y rescata no solo al artífice que plasmó su visión creadora de un lugar y de un tiempo, con luces y sombras, formas y colores para todos, grandes y chicos; sino al hombre en su solidaria entrega a los más débiles y necesitados. Se interesa por su paradójico mundo e indaga, interroga, entrevista. Discípulos, colaboradores, amigos, vecinos no escapan a su

afanosa búsqueda y, a las respuestas, suma ilusorios monólogos y diálogos que pudieron existir y confieren vitalidad al relato.

Sensible, se nutre en las obras de hombres y mujeres de las artes y de las letras pero, también se identifica con las carencias de los desposeídos y acentúa el valor de las manos que dan tanto en lo artístico como en lo material para evitar que otras infancias padezcan.

Por otra parte, Martha Arias, con inquietudes cercanas a la historia y a la historiografía incursiona en los archivos, consulta documentos, artículos históricos, diarios, revistas, puntualiza hechos.

Se remonta al siglo XV, a la aventura del navegante genovés y a la llegada a tierras desconocidas colmadas de asombros; a las incursiones posteriores como la de Solís que se topó con un río ancho como un mar; a las dos fundaciones de Buenos Aires, la frustrada de 1536, signada por el sitio y el hambre y la definitiva de 1580. Desgrana cronológicamente hechos que, paso a paso, van conformando un villorrio, una aldea, una ciudad, un país, una capital y, en ella, un barrio portuario.

En *Quinquela y el Riachuelo* confluyen dos vertientes, narración vivificadora y consulta sistemática, que se fusionan vigorizadas por la visión pedagógica de la autora.

Permeable a los valores culturales, a principios que faciliten la inserción de chicos y de chicas, de hombres y de mujeres en el medio; preocupada por lo social, su actuar en la escuela de la Boca no fue un hito más en su carrera.

El encuentro con un mundo conocido, en lo relacionado con su quehacer, pero distinto, en cuanto a la atmósfera, inseparable del espíritu de quien hizo posible un sueño y se quedó en sus murales y en su generosa entrega; removió lo más profundo de Martha: curiosidad por un pasado atrapante y vocación creativa y docente. Se propuso, pues, dejar testimonio, de su emoción ante ecos, imágenes que la llamaban desde un rincón, una pared, una ventana al cielo y al río.

Fue ante la contemplación de esas aguas oscuras, contaminadas, que comprendió que el legado plástico y social merecían algo más. Tomó partido y se adhirió al dolor del Riachuelo y a su miseria en una clara posición abierta a la esperanza.

INTRODUCCIÓN

La vida de don Benito Quinquela Martín, tan llena de contradicciones, constituye una historia apasionante.

Nace y lo abandonan, no estudia, crece solitario y sobresale.

Su trajín por el mundo, poblado de cortocircuitos intensos hace pensar: ¿anidó alguna vez el resentimiento en el corazón del huérfano pintor?

¿por qué amó con devoción a su madre analfabeta?

¿cuánto pudo sufrir a lo largo de su trote por la vida?

¿habrá guerreado a fondo su voluntad para sortear tantísimos obstáculos?

La infancia solitaria y la niñez difícil, sin duda, le dejaron señales, estigmas y matrices que podrían haberlo conducido al fracaso. Pero no. La extraña energía que habitó la interioridad de este hombre enjuto y huraño le permitió construir cimientos y estructuras sólidas de vida, con mezcla de voluntad, trabajo, tesón, generosidad, honradez.

No hay que vivir enclavado en el pasado, recalcaba.

Nunca desparramó palabras al viento sino hechos consecuentes que demostraron, durante ochenta años, la calidad de su camino por el barrio, el país y el exterior, lo que permitió a este autodidacta argentino, hacerse acreedor al título “maestro del color”.

La historia oral (anécdotas, cuentos, comentarios) sobre la trayectoria del filántropo, enriquecen la humanidad de su paso por el arte y por la escuela Pedro de Mendoza, de la cual fue benefactor.

Discípulos, colaboradores, amigos, vecinos y docentes que lo acompañaran, dentro y fuera de la escuela-museo de La Boca, aprendieron a respetarlo. Ellos atestiguan con sus relatos, el fehaciente amor que el maestro sintiera por la pintura, los niños, su barrio y el Riachuelo de los navíos, fuente inspiradora de su obra.

Lo han denominado “Creador de un puerto”, “Pintor de barcos”, “Mariscal de La Boca” con justicia, porque Quinquela Martín no tiene clon en ninguno de los aspectos de su personalidad.

M.A.

PARADOJAS DEL SUR QUINQUELA Y EL RIACHUELO

1492. Vientos del este empujan sin piedad a tres embarcaciones que cruzan desafortunadas el Atlántico. Las olas de porcelana apenas dejan divisar los nombres pintados en el casco. El timonel de la Santa María, Cristófolo Colombo, con la ferocidad del tigre, se prende a la manija redonda de madera que gobierna la nave. Detrás, dos carabelas la secundan, la Pinta capitaneada por Vicente Yáñez y la Niña, dirigida por Martín Alonso Pinzón.

Sirenas trasnochadas y monstruos del océano desafían la tormenta. Durante el primer mes de viaje, el capitán regentea el timón con paciencia pero a medida que las horas se acumulan, los días se vuelven interminables. La travesía incierta, casi sin rumbo, altera la conducta de los tripulantes.

—¿Cuándo llegamos? Hace mucho que estamos como ratas acorraladas en esta nave inmunda.

—De la tierra no olemos ni un ápice; el agua y el viento, la lluvia y el frío castigan nuestros huesos.

—¡Paciencia, no hay otra salida que paciencia —responde el capitán— ¡A sus puestos!

Los individuos no tienen buen lenguaje, muchos vienen de las cárceles, otros de la holgazanería y de las tabernas. Los inconvenientes del viaje los hacen reaccionar con enojo. Están rabiosos y con miedo.

El tiempo en el mar supera los cálculos de navegación. Los víveres y el agua escasean, la desesperanza se instala a bordo para alimentar la violencia de los hombres. La insurrección acrecienta insultos y amenazas de todo tipo, hacia el capitán y los oficiales. ¿Cuánto faltará para las Indias?

El almirante genovés Colombo, escudriña los comportamientos insolentes y gesticula en la proa para que todos puedan observarlo. Con

ademanes exagerados dibuja garabatos en el aire con la brújula que heredó del suegro, como si ello le anticipara el encuentro con la tierra que busca. Por dentro, también teme la sublevación y reza a Dios para que le ponga delante una pizca de continente. En tanto, para mantener la autoridad, ordena castigos a los que osan amotinarse.

Cada noche, en la soledad del camarote, el viejo cartógrafo amigo de los reyes registra en el diario de viaje anotaciones referentes a las estrellas, los vientos y las velas, la profundidad del mar, las tormentas naturales y las tempestades humanas provocadas por la histeria de no saber en dónde están y hacia dónde navegan.

Los tripulantes, de variada calaña, se quejan y agitan las bolsas con monedas de oro que les entregaran al partir.

—Maldita miseria, esta paga es insuficiente.

Los Reyes Fernando e Isabel, entre columnas y cortinados palaciegos, paseos en carruajes y rentas del estado, ignoran lo que significa la loca aventura de descubrir rutas nuevas para ampliar, a través del comercio, los dominios de España. No saben de penurias marinas, desconocen lo que es vivir a la deriva sin más paisaje que el agua salada y el cielo soleado o con luna.

Por fin, después de varios días de penosa navegación, las ramas flotantes y algunos alcatraces lejanos son señales que refuerzan la esperanza.

La tripulación se agita en las cubiertas angostas de las carabelas y en lo alto de las sogas que usan de escalera; algo intuyen, algo presienten, hasta que el grito ¡tierraaaaa tierraaaaa! de Rodrigo de Triana se difunde estridente el 12 de octubre. Con menos angustia, luego de setenta y siete días de navegar (nunca en domingo), anclan cerca de la costa ¡al fin las Indias! En lanchones buscan la orilla y caminan hasta la arena blanca y fina, se hincan, agradecen a Dios y entierran una cruz cristiana.

No están solos, los espían los “caribes” de la isla Guanahaní (Bahamas) a quien Colón llama San Salvador, por su oportuna aparición. La vegetación generosa en verdes, oculta las caras pintadas y los pelos largos de los aborígenes que pueblan esa isla y las adyacentes: Juana (Cuba) y La Española (República Dominicana y Haití).

Los navegantes no saben donde están parados, mucho menos que han descubierto un nuevo continente.

Realizan otras expediciones en 1493, 1498, 1502. ¿Qué guía al almirante? ¿la codicia del oro? ¿la aventura? ¿la riqueza? ¿la fama? Lo cierto es que gracias al loco aventurero de los mares, en pocos años Europa conoce a los indígenas y también incursiona en la cultura y el arte de los nativos. El oro y la plata de la región, más el maíz, el tomate, la papa, el pimiento, la palta y el cacao que llevan, inicia el trueque de elementos naturales entre Europa y “las indias” de Colón.

En el último viaje, la Santa María encalla y con los restos de madera, Colón construye la Villa de la Navidad, primer asentamiento de los españoles en el nuevo mundo.

Regresa a España en 1502 con su hijo. En la soledad y la pobreza, muy enfermo de gota, muere en Valladolid (1506) sin saber que había provocado encuentros entre dos culturas.

1516. El devenir es testigo de más viajes que van y vienen atravesando el mar, buscando caminos, recorriendo costas, marcando rutas, preparando mapas, recabando datos. En ese trance, el gentilhomme don Juan Díaz de Solís, piloto mayor de España sale con tres naves, escala en Tenerife y enfila a las costas del Brasil. Sigue al sur por la orilla y al llegar a la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay con el mar, observa el caudal verde amarronado del enorme estuario; ante la extensión y el sabor dulzón del agua lo llama Mar dulce. –Río de la Plata, veinte años después–. Impresionado por la belleza se interna y descubre una isla donde entierran al despensero de la nave, llamado Martín García; en su homenaje, bautizan a la isla con ese nombre. Al divisar nativos que practican señales amistosas se acercan y en cuánto lo hacen, los indígenas belicosos los matan con saña; sólo se salva el grumete que Caboto rescata en 1527 y algunos sobrevivientes que huyen entre la maleza.

1519. Hernando de Magallanes parte del puerto San Lúcar de Barrameda con las naves “Trinidad”, “Victoria”, “San Antonio”, “Concepción” y “Santiago.” Lleva consigo doscientos treinta y cuatro hombres y la fe cristiana que lo acompaña. Pasan por el río de La Plata, costean la orilla argentina y se detienen en la bahía de San Julián, la que exploran en búsqueda de un paso. Como el frío es intenso, se detienen y esperan a que se aproxime la primavera. En el ínterin, el capitán Quesada de la nave

Concepción, se subleva; lo apoya su compañero Cartagena. Para salir de la difícil situación y prever futuros motines ordena la pena de muerte para el primero y el abandono en la costa, para el capitán Cartagena. Continúan hacia el sur y, en el extremo austral, descubren un paso angosto y difícil; la travesía se hace muy lenta, con recaudos y con el apoyo de una nave que va y viene marcando cuidadosa, los escollos del canal. Cuando consiguen atravesar el paso al que llaman *Estrecho de Magallanes* descubren con sorpresa, las aguas tranquilas del océano Pacífico. Están exhaustos, sin alimentos, con el escorbuto a bordo haciendo estragos. En esas condiciones divisan las islas Molucas donde descansan y se proveen de víveres. Se percatan que han llegado al Extremo Oriente. Triunfantes, hacen migas con los indígenas pero como es usual se produce una contienda y matan a Magallanes, el primer hombre que casi rodea al globo.

Toma la capitania de la expedición, Sebastián Elcano. Solamente la nave Victoria logra regresar a España con dieciocho hombres, en julio de 1522. Trae a Elcano como sobreviviente, con la certeza de haber dado la vuelta al mundo y demostrado la redondez de la tierra.

1527. Sebastián Gaboto, nacido en Venecia –viejo explorador de las costas de América del norte con su padre– lleva la misión encomendada por el rey, de recorrer las costas de las especias. Algo lo induce a torcer el mandato (tiene facultades para hacerlo) y siguiendo su intuición, viaja al Plata con cuatro barcos y doscientos hombres. En Brasil encuentra a algunos sobrevivientes de Solís que le informan de la posible existencia de ricos metales (plata) en el interior del continente. Hacia allá marcha a buscar las riquezas para su rey, de las cuales le corresponderá un porcentaje. Explora el río Uruguay y construye un fuerte, en la orilla oriental o uruguaya; el asentamiento a pocos días, es derribado por los indígenas, pero deja los escombros como señal para los próximos exploradores. Se aboca a recorrer los cauces del Paraná, Paraguay, Bermejo y Pilcomayo hasta que la carencia de víveres y la belicosidad de los payagúaes, en canoa, lo obligan a retirarse hacia el sur.

Desciende por el río Paraná y se une a Diego García, que había venido con Solís. Ocurren algunas discusiones entre ambos; finalmente se unen y deciden pasar por el fuerte de Sancti Spiritus. Al que hallan en ruinas con las clásicas marcas de los indígenas.

Si bien esta exploración no es exitosa, marca la entrada de los españoles al territorio argentino. Como conclusión positiva, pueden visualizar y recorrer el Chaco; los capellanes que acompañan la expedición logran ejercer su ministerio a pesar de los cortos tiempos de contacto con los nativos. Donde no entra el ejército, los sacerdotes, con delicadeza y tacto, logran comunicarse.

1536. Mitos y leyendas que hacen circular los indígenas acerca de fabulosas riquezas en la zona del Plata, incrementan la ambición de los conquistadores españoles. Éstos ganan el favor de los reyes y son enviados por sus conocimientos y valentía, a descubrir y colonizar tierras. Traen expresas condiciones acerca de la elección de sitios cercanos al agua, indispensable para el consumo y para el transporte de cargas y animales, y del tipo de construcciones a levantar.

Uno de ellos, el Adelantado don Pedro de Mendoza, oriundo de Guádiz (Granada) sale de San Lúcar de Barrameda con potestad de fundar fortalezas y pueblos. Capitea catorce a dieciseis naves que parecen cáscaras de nuez entre las olas. Una tormenta las azota y las dispersa frente al Brasil, donde se detiene y enferma. Repuesto, sigue viaje y desembarca en la costa de América del Sur, sobre el Atlántico. Al tocar suelo firme, Mendoza levanta un caserío: “Santa María del Buen Ayre”, cerca del “Río pequeño” (hoy Riachuelo); puebla la fundación con hombres, mujeres, ocho sacerdotes, un médico y caballos que trae de España.

¿De dónde viene el “Río pequeño”? Nace tierra adentro, cerca de La Matanza; recorre setenta kilómetros antes de lanzar sus aguas al Río de la Plata; es angosto y largo, crece rápido con las tormentas del sur y como el cauce no es profundo, las aguas se desbandan con las crecientes y anegan lo que encuentran: pastizales, juncos y espinillos. Así lo conocen los conquistadores: ¡bravío con las sudestadas, manso con el tiempo bueno!

La naturaleza de los alrededores es pródiga en camalotales, poblados de ranas y reptiles, pájaros y mosquitos, moscas, tábanos y gusanos. Los grillos de media noche, así como los teros, cuisés, nutrias y flamencos, conviven en el hábitat. En la parte más alta se divisan especies arbóreas; algarrobos, cañares y ceibos albergan insectos y soportan en verano la música de las cigarras que pronostican, con chillidos infernales, el calor del día siguiente.

Jaguares, pumas, martinetas y ñandúes se guarecen en los pajonales del río; más allá, pejerreyes, patíes, bagres, mandubíes, algún que otro dorado, y mojarra, pululan buscando el alimento en las aguas dulces que se limpian, solo, con la fuerza de la naturaleza.

Los querandíes de la zona, pescadores y cazadores fuertes y belicosos, al principio se muestran amigables y los proveen de comida y huevos de ñandúes pero, al sentirse desplazados de la tierra por los blancos de extrañas ropas, las relaciones se rompen y empieza el acecho y la desconfianza. Se producen encuentros desafortunados, cuerpo a cuerpo, con arcos y flechas, con armas de piedra, con boleadoras y espadas, con bombas de paja que arrojan sobre el caserío hasta incendiarlo. Buenos Aires, pichón de aldea, sucumbe entre las llamas. Mueren muchos españoles, entre ellos Diego de Mendoza, hermano de Don Pedro quien desilusionado decide retirarse. Regresa enfermo a España y ese año, el 23 de junio, fallece frente a las islas Canarias. El cuerpo del Primer fundador de Buenos Aires y Conquistador del Plata es arrojado al mar.

1580. Después de cuarenta y cuatro años de aventuras y desventuras, el español don Juan de Garay llega a la Asunción (Paraguay), explora la región y descubre el río Paraná; impresionado por el caudal correntoso de las aguas y entre las costas ribeteadas de frondosos verdes, sigue navegando hacia el sur por el vientre embarazado de Entre Ríos. En la margen izquierda funda Santa Fe de la Vera Cruz.

Transportan por tierra, doscientas familias de guaraníes y treinta y nueve soldados a cargo de Alonso Vera, sobrino del Adelantado. Mil caballos mansos, doscientas vacas, ovejas, yeguas, carretas, mulas y herramientas de labranza, conforman los elementos básicos para la producción. Deja en Santa Fe hombres y mujeres, continúa aguas abajo embarcado en la carabela “Cristóbal de la Buena Ventura” hasta llegar a la incendiada Buenos Aires; en sitio cercano a sus escombros, levanta otra aldea en lugar más alto. Es cierto que una muralla protege la segunda fundación a la que Garay llama ciudad de la “Santísima Trinidad” y “Puerto de la Santa María de los Buenos Aires” y que, pese al vallado, una serie de acontecimientos riesgosos suceden entre los españoles encerrados para sobrevivir y los nativos baqueanos del afuera, que son mayoría y se mueven con más libertad.

Garay hace el trazado cuadrilongo de la ciudad, equivalente a ciento cincuenta manzanas. Reparte las tierras que llama “valles”, a los soldados, y les asigna indígenas para servirlos. Deja lugar para la iglesia, el Cabildo, la Plaza Central de Armas; designa autoridades de gobierno y solicita que elijan un patrono o santo protector de la aldea, elección que recae tres veces en San Martín de Tours; lo secunda el padre jesuita Pedro Lozano. En el centro de la plaza clava el tronco de la Justicia. Garay, excelente servidor del Rey don Felipe II, le envía en la carabela San Cristóbal, una carta informándole sobre la fundación de ciudades para “abrirle puertas a la tierra” y solicitándole sacerdotes franciscanos y campanas para la iglesia y el Cabildo.

¡Años de piratería inglesa, de aguiluchos que saquean con impunidad los mares y las colonias españolas! Garay, considerado el Capitán más justo de su época, el más clemente y amigable de la conquista española, es asesinado por los nativos en 1583.

1584. Buenos Aires representa una pequeña aldea con raíces españolas que levantan la cruz como estandarte. Sus límites geográficos, más allá de las parcelas originales, van ganando progresivamente espacios o chacras que las autoridades asignan a los pobladores.

Españoles y nativos cuentan con un escenario natural de tierras aptas para el cultivo y la cría de animales. Y con otra riqueza, el Riachuelo de los navíos, que los provee de agua potable y peces, y oficia de puerto sobre el Río de la Plata.

Por el cauce angosto, portal acuático de la América del sur, ingresan los barcos y aunque pantanoso, resulta apto para el desembarco, sirve de guarida a los cargueros que huyen de las sudestadas y, de refugio a las naves aventureras que se dedican al contrabando. Es un puerto estratégico en época de conquistadores y aborígenes que defienden el entorno y las bondades que les prodiga el río.

1594. Don Hernando de Zárate funda el Fuerte de Buenos Aires, para vigilar la costa de la aldea.

1600. Don Hernando Arias de Saavedra, suegro de Garay, practica una mensura en las chacras aldeañas a Buenos Aires, incluyendo las del sur, que llegan hasta el Riachuelo.

1602. Por Real Cédula le imponen a Buenos Aires una legislación que le permite por seis años, exportar sus productos (harina, cecina, cebo) en navíos propios, al Brasil, Guinea e islas vecinas de vasallos del Rey.

1607. Durante el gobierno de Hernandarias, desde la Colonia piden autorización al Rey para levantar un fuerte en el Riachuelo; los artilleros de la aldea no alcanzan con la puntería al fondeadero de los navíos, amenazado continuamente por los corsarios. Para protegerlo, levantan el humilde fuerte “La guardia del Riachuelo”, construcción miserable pero de útil servicio para frenar el contrabando; es el primer asentamiento español que más tarde se transforma en aduana.

El río es atravesado en distintos pasos por balsas y canoas cargadas de mercaderías que vienen del norte, del oeste y del sur, en carretas. El cruce es complicado; las márgenes no son firmes, hay trayectos con pozos.

1608. Lima y Buenos Aires son rivales; el monopolio comercial trata de asegurar el tránsito de mercaderías, oro y plata, desde Cádiz a Lima, por Panamá, ignorando a Buenos Aires, aldea marginal pero muy necesaria a la Corona española para custodiar sus posesiones.

1653. El gobierno, en atención a las necesidades, reglamenta el paso de canoas que transportan personas, de una a otra orilla.

1680. Los portugueses crean una base comercial en Colonia (Uruguay) lo que obliga a reforzar los gastos militares. La solución –dice Zacarías Moutokias– es permitir el contrabando con ciertas reglas. La Ley admite la entrada de barcos y navíos de registros, que ingresan al puerto de Buenos Aires sin escolta de galeones y pagan multas por las sobrecargas; éstas se rematan públicamente como mercaderías de contrabando entre los comerciantes locales que a la vez son denunciantes. El contrabando es el gran negocio para la pequeña aldea que comercia artículos importados y tráfico de esclavos.

1700. Pequeños comercios empiezan a florecer a orillas del río.

1776. La creación del Virreinato del Río de la Plata con capital en Buenos Aires, creado por Real Cédula del 8 de agosto, trae vigoroso

impulso al comercio y por ende al puerto del Riachuelo, que cumple rol predominante. La población aumenta y la gran extensión territorial requiere autoridad propia. Don Pedro de Cevallos –primer virrey de la colonia– viene de Cádiz con armada poderosa y ciento dieciseis embarcaciones; desaloja a los portugueses de la Banda Oriental y se instala en Buenos Aires a desempeñar el cargo que le otorga el Rey.

1777. Cevallos dicta el “auto de libre internación” por el cual se permite el paso de artículos por Buenos Aires, con destino a Perú y Chile (libre comercio).

1778. El virrey Juan José Vértiz y Salcedo pone en vigencia el Reglamento de libre comercio, hace empedrar las calles, colocar alumbrado público con velas de sebo y aceite, persigue el juego. Abre el “Colegio San Carlos”, la “Casa de Corrección para mujeres de mala conducta” y la “Casa de los niños expósitos” para niños abandonados.

1784. Nuevos virreyes encarnan el poder de la Corona Española (Nicolás del Campo, Nicolás de Arredondo, Pedro de Melo de Portugal y Villena, Antonio Olaguer Feliú, Gabriel Avilés y del Fierro, Joaquín del Pino). Llegan con precisas instrucciones para administrar la colonia y dar cuenta a España de sus pasos en América.

1791. Se inaugura el primer puente de madera a la altura de la calle montes de Oca. El constructor es Juan Gutiérrez Gálvez. Los usuarios pagan peaje por el cruce de carretas y personas; el puente está situado en el lugar histórico que ocupa el puente Pueyrredón viejo, es destruido en tres oportunidades por las crecientes.

1800. Nace el primer muelle, de aproximadamente treinta y cinco metros de largo.

1804. El virrey marqués Rafael de Sobremonte se preocupa por resolver los problemas económicos de los pobladores, controla los precios de los artículos y trata de mejorar la situación de los indígenas.

1806 /1807. Los ataques británicos a las colonias españolas en América tienen como protagonista al Riachuelo –especialmente la segunda invasión– cuando destruyen parte del precario puente de madera para

impedir el cruce de las tropas enemigas que avanzan desde Quilmes a Buenos Aires. El virrey Sobremonte huye de la ciudad llevando a Córdoba los caudales reales. Le suceden Ruiz Huidobro y Santiago de Liniers y Bremant.

Se instala el primer astillero cercano al Riachuelo y la primera pulpería.

1808. El último virrey de la colonia, don Baltasar Hidalgo de Cisneros y La Torre, gobierna hasta mayo de 1810.

1810 / 1816. El camino de obstáculos desde que Buenos Aires grita Libertad, es significativo. El Río de la Plata es la causa y el efecto en la historia de la ciudad.

La Revolución de Mayo (emancipación del gobierno de España a principios del siglo XIX) y la Independencia Nacional (conjunto de guerras en las posesiones españolas en América que culminan con la emancipación de las colonias) implican tramos y tramas de la historia vinculadas siempre con el Río de la Plata y el Riachuelo, obligada vía de comunicación por donde ingresan –hostiles o amistosas– las naves que arriban y parten de la aldea.

Los hombres de Mayo, intelectuales, funcionarios y militares con ideas revolucionarias traídas de Europa, ante la situación caótica de Buenos Aires versus España y de ésta con Inglaterra y Francia, ven la oportunidad de organizar un gobierno criollo y participar de él.

La destituida Junta Central de Sevilla, el Rey Fernando VII prisionero de Napoleón, los ejércitos españoles reducidos, las arcas del gobierno colonial exhaustas, provocan enorme confusión política.

El virrey Cisneros, presionado por los criollos, renuncia. El Cabildo que representa al pueblo debe elegir autoridades; se construye la Primera Junta de Gobierno Patrio a la cual siguen el Triunvirato, la Asamblea del Año XIII, el Directorio y el Congreso de Tucumán. En este período crítico de la historia nacional, a la par de las acciones estratégicas de Manuel Belgrano, José de San Martín, Martín Miguel de Güemes y Gervasio Artigas, otro valioso militante de mayo –el Almirante Guillermo Brown– apoya con su flota de mar la lucha contra los realistas. En las inmediaciones del antiguo comercio cercano al Riachuelo, el Almirante

instruye, durante las guerras nacionales, a los hombres de combate y prepara las naves para luchar contra el Imperio del Brasil.

1820 / 1825. Se inician las guerras civiles entre caudillos provinciales. Surgen dos tendencias: unitarios y federales.

1826. Gobierna Bernardino Rivadavia. Es el primer Presidente de las Provincias Unidas designado por el Congreso, con constitución unitaria. Se ocupa de la construcción del puerto de Buenos Aires. Renuncia en 1827.

1829 / 1832. Es elegido gobernador, Juan Manuel de Rosas, caudillo político discutido, a quien llaman “Restaurador de las Leyes”, pregona el ejercicio de un gobierno federal, en realidad representa los intereses porteños; es estanciero y exportador de carnes vacunas. En su dictadura, federales y unitarios conforman historias de persecución y muerte.

1833 / 1834. Gobiernan Juan B. Balcarce y Juan J. Viamonte.

1835 / 1852. Gobierna Rosas; durante el segundo período establece la Ley de Aduanas que señala al Puerto de Buenos Aires como el único puerto de ultramar, por lo cual se protegen los productos e industrias de las provincias impidiendo la penetración de la manufactura extranjera.

1836. En Buenos Aires, escasas obras de arte aluden al paisaje del Puerto de los tachos, como llaman al Riachuelo angosto que bordea La Vuelta de Rocha. Una pintura del ingeniero Carlos Pellegrini –llegado de París en 1828 y padre del que fuera presidente de los argentinos– es la primera obra de un artista que pinta La Boca. La acuarela de su autoría –dice Pritulzky Farny– registra ciertos símbolos de la ribera: *un velero, árboles solitarios, un pescador a caballo cargando la red de su penosa faena a la grupa de su cabalgadura y, en las inmediaciones, los originarios galpones de la barraca Peña, brote inicial de un comercio que habría de transmutarse, andando el tiempo, en el prodigioso estallido económico del país. El documento artístico evidencia la incipiente aparición de un barrio cercano a la Vuelta de Rocha...*

1852. El gobernador Ortiz de Rosas es derrotado por Justo José de Urquiza, en la batalla de Caseros, el 3 de febrero; Rosas renuncia y se embarca para Inglaterra.

1853. El General Urquiza organiza el Congreso Constituyente de Santa Fe, que aprueba una constitución de carácter republicana, representativa y federal.

1854. Gobierna Urquiza hasta 1860, como presidente de la Confederación, con una constitución federal.

1855. Los vecinos construyen la capilla con maderas de pino que donan los pudientes. Son un puñado de familias europeas, que se congregan alrededor del templo para practicar los mandamientos de La Ley, desterrar a los diablos y educar a los hijos con la ayuda de los sacerdotes que les enseñan las primeras letras.

La usina humana, compuesta en gran porcentaje por italianos y españoles, articula sus días con la vida en familia y el trabajo cotidiano de hormigas. Un hecho valioso los alegra, el dueño de un saladero se encarga de pagar la construcción de un puente de mampostería para cruzar a la isla Maciel. La felicidad no dura, la creciente derriba el puente de Burgos, reconstruido tres veces por Enrique Ochoa, su donante.

1857. Ahí nomás, cerca de la gran aldea, en un rincón de la meseta por donde los aires buenos tienen su guarida, los inmigrantes europeos bajados de los barcos, acomodan los bártulos. Buscan un espacio de tierra, si es con agua, mejor. En la paz de todos los principios, entre risas y llantos y oraciones, se instalan en silencio junto al brazo de agua que no es río ni arroyo, sino una bendición que los impacta.

Los moradores cavan la tierra a pala y pico, entierran troncos, construyen cercas, corrales y levantan casas de madera y de chapa, en el confín cercano a la pequeña Buenos Aires. Unos llegan del otro lado del mar, otros son criollos que deciden refugiarse en la margen del pequeño riacho color plata, de donde extraen el agua para tomar y la pesca para alimentarse. Allí, a dos cuadras de la boca del riachuelo, donde paran los barcos de ultramar y los cargueros que transportan frutos, es usual observar carros de caballos y barcazas como medios para el descenso de los pasajeros; la comunidad encuentra en el sitio un rincón definitivo para sus vidas. El trabajo brota alrededor, los astilleros surgen humildes entre golpazos de martillo y olores de alquitrán; las primeras barracas del sur asoman la nariz prometiendo fuentes de trabajo. El grupo de ha-

bitantes tiene fe y, como apuesta a Dios, se cohesionan y proyecta mejoras en la capilla.

1859. Se inaugura el puente Valentín Alsina construido con madera dura, de Misiones.

1860. Gobierna Santiago Derqui como presidente, hasta noviembre de 1861.

1861. Gobierna Bartolomé Mitre, seis años, como presidente constitucional de todo el país.

1865. Una cruenta epidemia de cólera diezma a Buenos Aires.

Levantán un nuevo puente con vigas de madera dura; cae el mismo día de la inauguración.

1867. Traen de Inglaterra la estructura de otro puente y por imprevisiones en los pilotes que lo sostienen, se va al fondo del río.

1868. Gobierna Domingo Faustino Sarmiento como presidente, hasta 1874.

1870. El primer tranvía tirado por caballos llega a La Boca. Los vendedores ambulantes de pescado recorren el barrio con sus mercancías.

1872. La humilde capilla resulta insuficiente para la atención pastoral de las familias, razón por la que se abocan a fundar una parroquia espaciosa e importante, bajo la advocación de San Juan Evangelista.

1874. Gobierna como presidente, Nicolás Avellaneda, hasta 1880. Los bañistas disfrutan del Riachuelo.

1875. Aparece El Ancla, primer periódico de La Boca y Barracas.

1876. Dragan el cauce del Riachuelo; aumentan los astilleros y las barracas.

1877. Dos sacerdotes pertenecientes a la Sociedad de Francisco de Sales, de apellidos Bodratto y Rimotti, se hacen cargo de la parroquia. Años después, el Padre Esteban Bourlot le otorga singular impulso a las obras del templo. Los vecinos se pliegan a la tarea de los salesianos con entusiasmo y solidaridad, hablan el mismo idioma y se sienten comprendidos y respetados en el uso de sus costumbres europeas.

1878. Se construye el Puerto del Riachuelo; dirige el Ingeniero Huergo.

1880. Gobierna el país en dos períodos no consecutivos, una figura polémica nacional, don Julio Argentino Roca. Primera etapa 1880/1886. Es el presidente más joven (37) de los argentinos. Hábil para las alianzas y la resolución de conflictos, recibe el mote de “el zorro”. Durante tres décadas maneja los hilos de la política. En su gestión, la inmigración europea se acentúa; se sanciona la ley 1420 (educación obligatoria, gratuita, laica) y las de registro civil y matrimonio civil. Termina con los diferendos limítrofes con Chile y con la deuda nacional. Convierte a Buenos Aires en capital de la República Argentina y, personalmente, interviene en la Campaña del desierto, motivo por el que algunas corrientes lo consideran genocida. Es tiempo de progreso y desarrollo a costa de ciertas pérdidas y ganancias en el proceso histórico social argentino.

Al Riachuelo lo dragan para volverlo más profundo y le otorgan nueva desembocadura. Quieto y limpio, observa el zigzag de la historia.

El Riachuelo ama la luz, las barcas con sirena y las lavanderas de la orilla que blanquean la ropa al sol, entre las piedras. Se adormece con las canciones italianas, se despabila con los pasodobles y se retuerce de placer con el movimiento de los peces.

Al amanecer –cuando las lanchas pesqueras que saben de extravíos y fracasos parten a cosechar el pan– ¡vibran las redes sobre el agua clara!

Los estibadores –con la soltura del trabajo que los honra a la vista de todos– ofrecen diariamente sus brazos indomables, tantean las quillas de los barcos, trepan a la telaraña de sogas que sostienen las velas, reducen los fardos que van de las bodegas a los vagones de trenes que anclan en el puerto; ¡de la proa a la popa, capitanea el ritmo del vigor de la sangre!

El Riachuelo es tranquilo. Irradia mansedumbre pero tiene carácter. Lo acarician las resolanas de los inviernos crudos, lo hacen embravecer las sudestadas, lo desquician los gritos envinados que olisquea con su nariz de espuma y escucha con la oreja mojada, que da al sur.

Cuando enfurece con las tormentas ¡guarda! los navegantes pliegan las velas de las barcas al unísono y entonan una canción de paz; entonces

el riachuelo depone su violencia, retoma el equilibrio y se transforma en laguna, que puede más que el viento y los relámpagos. Los pájaros le juegan arabescos, las enramadas de sol le arrancan brillos y los reflejos de las farolas nocturnas, lo acunan por las noches.

Los inmigrantes con la intención de hacer la América (como los conquistadores), lo miman y lo limpian y, el Riachuelo, querencioso de la lisura de los tréboles, les devuelve agua pura que huele a clorofila y a paisaje.

Los ocupantes valoran el rincón natural y deciden crear un escudo que los identifique.

Al amparo de la Cruz del sur, con señales claras, pintan en el muro de la avenida ancha por donde todos pasan, un distintivo con dibujos de barcos, la paleta de un pintor, palas, pico, martillo, una red de pescar y un sol encendido. Abajo escriben con trazo firme “Riachuelo de La Boca”.

Cuando al amanecer, el Riachuelo, descubre el escudo de cuatro campos, grabado en el muro del bodegón del frente, lo observa atento y comprueba que los símbolos coinciden con las maneras de vivir del barrio. Y como ha sido testigo desde tiempos remotos de los comportamientos de la gente, expresa con satisfacción: *los valores que practican las familias me favorecen y van dando identidad a la barriada, que amo tanto; ellos me llenan de esplendor; yo les daré la sangre aguamarina que corre transparente por mi cauce.*

Convalida con energía sus raíces fluviales y, en medio del silencio que teje madre selvas, acentúa el compromiso de aportar potabilidad y riqueza a la geografía porteña, con tal de que el trabajo, la dignidad y la decencia, se instalen en su entorno.

1883. Dragan el curso inferior del Riachuelo y le otorgan mayor profundidad.

Se inaugura la primera parroquia salesiana; el presidente Roca apadrina la ceremonia. A escasa distancia, el Riachuelo acompaña el acontecimiento con el susurro de su placenta dulce.

1884. Se crea en La Boca el primer Cuartel de Bomberos voluntarios.

1886. Gobierna Miguel Juárez Celman como presidente, hasta 1890.

Se inaugura el templo San Juan Evangelista; en una de sus dependencias empieza a funcionar el primer Juzgado de Paz, de La Boca.

El templo, aceptado por la congregación San Francisco de Sales, obra del sacerdote San Juan Bosco, es bello, de grandes dimensiones; su diseño corresponde al arquitecto Pablo Bessana.

1890. Gobierna Carlos Pellegrini como presidente, hasta 1892. El barrio se desarrolla paso a paso, con sus peculiaridades.

Ese año, un niño recién nacido es abandonado al anochecer, en la puerta de la “Casa de los Niños Expósitos” (actual Casa Cuna), donde las personas depositan a los chicos que por múltiples causas, no pueden o no quieren criar.

El bebé está envuelto en una fina pañoleta de seda. Entre sus ropas de buena calidad hay un papel manuscrito: “*este niño se llama Benito Juan Martín...*”.

Las monjas de caridad de la Casa de Dios lo levantan; estiman, por su delicado tamaño, que puede tener tres semanas de vida. Registran con minucia sus ropas, pero no hallan más elementos que certifiquen el nacimiento.

Lo cierto es que el acta 447 del libro que asienta el hecho –aporta María Cristina Villazón–, dice textual: *el niño fue bautizado con el nombre Benito Juan Martín. El 20 de marzo de 1890, a las 8 de la noche, entró este niño como de veinte días de edad, con camisa, pañal y ombligero de madrás, faja blanca de algodón y tres mantillas de bombasí, un trapo grueso de algodón y la mitad de un pañuelo de hilo. Por señal tenía un papel que se numeró 447. Se bautizó el 21, fue madrina doña María Andeloro. Bautizado en Santa Lucía. Barracas (Bibliorato nº 82, página 84).*

1891. La vida en la Boca es sencilla, la población escasa; casi no hay escuelas en la zona. Las velas de sebo son lumbre en las noches y el carbón de leña, calor en los inviernos. Las puertas de las casas y las de los primeros conventillos no tienen cerraduras ni llaves. Las trancas no se usan y la palabra de la gente tiene el valor de un documento. Las señales son claras, de sentido.

Entre los vecinos, numerosos inmigrantes pelean la vida; son dueños de saladeros, pequeños almacenes, carbonerías, despachos de pan, empleados de comercio, deshollinadores, vendedores ambulantes, estiadores del puerto.

El Riachuelo comparte con los pobladores la piel de la mañana, la vida laboriosa sin derroche, donde el papel de estraza que usa el almacenero para envolver, se transforma en hoja blanca para que la muchachada ensaye cuentas, escritos y dibujos. Las familias se conocen, se ayudan; hacen callo con el dolor de la Europa punzante y depositan en el río, su esperanza.

La rutina no es fácil. Cada quincena la lucha por la subsistencia se torna pesada; las monedas escasean, las fruterías vacías y la ausencia de postres en la sobremesa, son costumbres usuales. Las necesidades hacen circular de casa en casa –en calidad de préstamo– tazones de harina, azúcar, yerba; velas, pocillos de aceite y un poco de grasa para las tortas fritas; pese a la pobreza, nunca falta una doña agradecida que luego de amasar, manda a su prestadora, un plato con tortas calientes. *“Acá le manda mamá, dice que muchas gracias y que cuando cobre le va a devolver la harina.”*

El intercambio de recetas incentiva el ensayo de comidas con típicos sabores de otros pueblos; las indicaciones, escritas a mano, entran a las cocinas de los conventillos y se practican en los fogones invernales, que convocan con magia a las familias. Las salsas de tomate para tallarines y ñoquis, las mermeladas de frutas y el dulce de leche casero, hierven lentamente en las ollas de hierro de tres patas, o en las ollas de cobre.

El trabajo es puntal de la gente, los sentimientos se enseñan y se aprenden de los ejemplos que destilan los mayores.

Ese año, por ley de la Nación, se prohíbe tirar desperdicios al río.

1892. Gobierna Luis Sáenz Peña como presidente, hasta enero de 1895.

1895. Gobierna José Evaristo Uriburu como presidente, hasta 1898.

1896. Las dueñas de casa le prestan sus cuerpos a los sencillos modelos de vestidos, faldas o blusas que copian de los catálogos y cosen con moldes, en el taller improvisado en algún cuarto. Corre el mate al ritmo de la máquina de coser a pedal y lanzadera. Las señoras bordan,

zurcen, tejen con dos agujas y al crochet; lavan a puño los mamelucos y los overoles que tienden en las cuerdas que atraviesan los patios y, cuando los recogen de la sogá, los rocían con agua, los doblan, los dejan orear y los alisan con planchas de carbón que hamacan al viento con el brazo, cuando las brasas amagan apagarse.

El quehacer es intenso, los mandados insumen tiempo a las mujeres que van de una punta a la otra en búsqueda de mejor precio y se las ingenian para ahorrar con la pequeña huerta de perejil y albahaca, en las macetas. La tarea de salir temprano a baldear las veredas y los árboles, las distrae, las estimula y, mientras se ocupan del riego, es usual hacer buenas migas con las vecinas ¡hay una forma en ese tiempo ausente, una forma especial de honrar la vida!

–*Buen día vecina.*

–*Buenas.*

–*¿Sabe usted que doña Justina, la mujer del carbonero genovés, ayer trajo del hospicio un chico para criarlo?*

–*No sé nada. ¡Eso le va a venir muy bien a la Justina! Ella no tiene hijos.*

–*Pero... no es recién nacido ¡ya tiene unos años!*

–*Mejor. Menos trabajo.*

–*Yo lo vi anoche y me gustó; es un flaquito narigón con ojos claros, verdosos.*

El barrio es nidal de gorriones, panaderos y mariposas, que vuelan bajito. Los chicos patean en la calle pelotas de trapo, remontan barriletes de caña y agigantan sus vidas en zancos caseros, que fabrican con palos, estacas y clavos.

Nadie irrumpe en las casas sin permiso. Nadie roba. Nadie escribe las paredes. Nadie asalta. El peligro huye en balsa. Sin embargo, aunque reine el sosiego por las calles tranquilas, a cierta hora de la noche los pobladores de todas las edades regresan a cenar. Algunos jóvenes se rebelan por el horario que les imponen, pero se integran a la hora señalada ya que la impuntualidad puede costarles –además de un sermón– la penitencia de ir a la cama sin comer.

El Riachuelo conoce esas historias –cada historia– a través de las lavanderas del puerto de los tachos, que conversan en voz alta a la par que enjabonan, friegan y tienden las ropas en la orilla.

Esa noche es noche de fiesta popular. El calendario marca junio.

Láminas circulares pregonan en las esquinas el festejo de San Pedro y San Pablo, única reunión en escenario callejero, sin control del reloj.

Los salesianos de la capilla de San Juan Bautista los acompañan en sus tradiciones.

A la tardecita, al salir del trabajo, los vecinos se movilizan ansiosos; grandes y chicos acarrean leña y cajones de madera, pastos y ramas secas; los amontonan en la esquina, arman una especie de gigante leñoso con ojos de cartón, le arriman papeles y rocían el muñeco con restos de pintura al aceite que traen de los astilleros. Un fósforo revienta y la fogata se enardece como “Infierno” dantesco. El codiciado fuego despierta las energías contenidas y aparecen los cantos, los gritos y las risas ¡arde la oscuridad, el silencio se incendia!

Es noche de San Pedro y San Pablo. A contraluz de las llamaradas, doña Justina, la del carbonero, presenta su flamante hijo a las familias del barrio. ¡Hace ocho meses que lo sacó de la casa cuna pero recién ahora siente la necesidad de mostrarlo a los vecinos! Es el mismo niño de la pañoleta de seda que hoy, se contagia de la alegría popular que durará hasta que se consuman las brasas.

–Lindo tu hijo Justina

–¿Cómo se llama?

–Benito.

Las actividades cotidianas giran alrededor de los barcos que atracan y parten del puerto. Los mayores trabajan para la subsistencia diaria y los chiquilines aportan las monedas de las changas del día.

Entre los pibes sueltos que merodean la calle hay un pintorcito que anda por ahí, bosquejando carbonillas sobre las piedras de la ribera, con las curubicas negras que saca de la carbonería de su padre Manuel Chinchella, un genovés de Nervi, de ciento treinta kilos ¡casi un gigante que carga las bolsas del puerto de a pares, sobre los hombros! La esposa, doña Justina Molina, es una morena entrerriana de Gualaguaychú;

tiene múltiples responsabilidades, además de atender la carbonería y administrar el hogar, es madre celosa del pintorcito y se enoja bastante cuando los vecinos llaman a su hijo “Quinquela” en lugar de Chinchella; entonces le aconseja...

–No dejes que te llamen así... corregilos, hijo.

Pero el niño de las manos tiznadas y ropas ennegrecidas, no se inmuta y sonrío.

–No importa mamá, no te aflijas, a mí me gusta que me llamen Quinquela.

Variadas anécdotas del barrio recorren los conventillos, se refuerzan los domingos de misa en el atrio de la parroquia y se expanden por las calles hasta el puerto. El Riachuelo, informado de los chismes que huelen a jabón de lavandera, se divierte y hasta se atraganta de risa al escuchar a los españoles, italianos, franceses, turcos y judíos, cómo y cuánto se enredan con el lenguaje en intentos de esclarecer los secretos del idioma.

A la luz de los tangos que nacen en el bar de las guitarras y resbalan sin vigor por la avenida, hasta hundirse entre las barcas apagadas, el agua observa la mezcla de culturas y el nacimiento de costumbres nuevas.

Los conventillos y las casas de chapa –viejos y desteñidos– ahora fulguran rojos, amarillos, verdes, por la yapa de las pinturas que reciben los estibadores del puerto ¡bruñen colores en la superficie, reflejos cenicientos y jilgueros!

El tiempo de los conquistadores dejó profundas marcas –piensa el río–. Soy testigo, los hombres fueron haciendo de las auroras, cerrazones; ya no quedan Adelantados con espadas ni indígenas desnudos con flechas en las manos, ni carabelas veloces desafiando los mares ¡solo recuerdos de personajes que ambularon por el espacio de la historia!

En el deleite de entramar escenas, el Riachuelo rescata imágenes del entorno: un fragmento de cielo, el aleteo tenso de las palomas, la murgas barulleras, el paisaje almendrado del otoño, el reflejo de los botes sobre el agua, las pinceladas del carbonerito en la ribera y, entre tantas, se queda con la última, que eclipsa al arrebol y puede más que el oro y las centellas. Recorta la forma menuda del pibe de Justina –nariz ganchuda, mentón

afilado, ojos chicos— y lo congela sobre los adoquines, empecinado en dibujar con carbonilla el agua que a veces pasa rápida, a zarpazos.

La corriente, sabedora de vehemencias y letargos, intuye que en la vida del carbonerito de siete años hay chirridos que estorban y cortocircuitos que producen sombras. En verdad, el pibe crece, lo alimentan, lo visten, pero no va a la escuela; su padre adoptivo se opone, sosteniendo con rumores de maldición:

—La escuela no da nada, ganar plata es más importante que leer y escribir, yo soy analfabeto ¡carajo! y me supe ganar siempre la vida.

En cambio, la madre morena que lo crió desde los seis años, se empecina en que estudie ¡ella basta para ser ignorante!

1897. El tire y afloje, entre el carbonero alcohólico y la esposa entre-riana se resuelve. Benito Martín y la madre consiguen el permiso para estudiar, con una condición: antes de las siete de la mañana el niño debe repartir las bolsas de carbón entre los clientes, después sí, puede marchar derecho a la escuela Berruti, a escasas cuadras de su domicilio.

Benito, camino de la escuela, bordea la curva del río que a esa hora temprana parece una postal con lavanderas y pájaros y barcas a contraluz del sol, del sol que despunta ahí nomás, al alcance de su mano.

Las nubes púrpuras, la inmensidad azul, el susurro de las velas, la paz del muelle, el ritmo vertiginoso del puerto, impactan y despiertan en el pibe un estilo de interpretar lo cotidiano. El Riachuelo le cala profundo, diferente. A la mañana, con el viento y el sol, el río le parece una sábana cristalina y ondulante entre las barcas, y a la noche, una melena suelta con reflejos de plata.

Las veces que el chico camina por la ribera, devora las imágenes, observa a los changarines y a los pescadores. El paisaje se incrusta en sus pupilas y le arrancan temprana inspiración. Nutrido de amaneceres soleados, tormentosos o con lluvias, llega a horario a la escuela; es inteligente, nadie lo duda; lee y dibuja, escribe y dibuja, resuelve cuentas y dibuja, dibuja en cualquier lado, hasta en el piso de la carbonería escondido entre las bolsas de arpillera. Su maestra lo ama y lo ayuda a incorporar con rapidez la lectura y la escritura; es ingenioso, tiene amigos de

toda clase, buenos y no tan buenos, pero los acepta a todos; es popular y reconocido por su inclinación al dibujo y la pintura.

El estudio y la infancia le duran muy poco ¡apenas tres años de escuela! Es que lo necesitan para atender la carbonería ya que el padre trabaja de estibador. La plata hace falta y Benito entonces, cambia los cuadernos y el lápiz por la hombreada de bolsas en los barcos. Pese a la dureza de la vida que le exige rendir como un adulto siendo niño, el trabajo del puerto no le hace perder su espacio para dibujar; se las rebusca muy bien y, a escondidas, continúa practicando la pasión de su vida.

A falta de compañeros con quien jugar, como lo hacía en los recreos escolares, se amiga con los mellizos García, un par de traviosos del barrio que le enseñan diabluras: a tirar con la honda, a calentar alambres afilados a los que le frotan la punta con ajo para que la punzada infecte, a lanzar piedras contra las empalizadas de la calle, a provocar guerrillas entre bandas contrarias. Con los mellizos aprende todo tipo de comportamientos, especialmente a “dar la cara” y a enfrentar situaciones difíciles. Cuando puede, se escapa de la carbonería hasta la costa y dibuja con carbón sobre las piedras lisas, paisajes del río y barcas gordas. En ocasiones interrumpe de golpe la tarea, deja todo tirado y corre cimbrando las piernas camino de la casa, por los gritos atronadores del padre que lo busca rabioso:

–Benito... ¿adónde te metiste mocoso? Te dije que no jodás con esa pintura, vení sabandija, tenés que acarrear las bolsas al destacamento de bomberos.

1898. Julio A. Roca inicia el segundo período presidencial, de seis años, hasta 1904.

1904. Gobierna Manuel Quintana como presidente, hasta 1906.

El padre de Benito lo conecta con el ambiente del puerto y lo emplea como cargador de bolsas; es adolescente, tiene catorce años y si bien el físico no es privilegiado, el rendimiento del muchacho es óptimo; no carga las bolsas más pesadas, pero sube y baja las rampas por las pasarelas de la bodega con paso firme y ágil, contabilizando, al caer la tarde, la igualdad de peso con los estibadores adultos. Sus compañeros empiezan a llamarle el *Mosquito*; es que ¡pica fuerte! dice el padre y lo recalcan todos.

Por aquel tiempo, final del gobierno de Roca, la Boca es el centro obrero más importante del país, el más politizado. Los trabajadores demandan derechos, se agremian, se juntan, estudian; el clima es caldeado. Benito, empapado de los sucesos, aventurero, conocedor de la calle, colabora con entusiasmo en la campaña de Alfredo Palacios (primer candidato a diputado socialista de Latinoamérica, electo en La Boca); reparte folletos y pegotea papeles en la calle con sus compañeros:

—¡Cómo no lo voy a ayudar al doctorcito si lo he visto embarrar tantas veces la suela de los zapatos, para llegar hasta las casas de los pobres!

1906. Gobierna José Figueroa Alcorta como presidente, hasta 1910.

1907. Benito recibe las primeras lecciones de dibujo en el Conservatorio Pezzini, la enseñanza de copiar yesos y estampas no lo atrae nada, la actividad le resulta monótona, terriblemente aburrida.

Más tarde, asiste a la Sociedad Unión de La Boca donde funciona una academia que enseña corte y confección, economía, pintura, mecanografía y otros oficios; allí recibe lecciones por las noches, después del trabajo del puerto. El pintor Alfredo Lázzari le enseña dibujo y pintura, recalcándole: *Aprenda usted todo lo que pueda; a la personalidad hay que buscarla, no se fíe tanto de las academias.* El *Mosquito* no dura mucho tiempo estudiando, percibe que la enseñanza académica le frena la libertad interior, lo agobia cual coraza destructora de los genios del alma.

Busca lecturas, investiga en las bibliotecas y lee con avidez, vorazmente, sin orientación precisa, sin palabras oportunas que le expliquen conceptos indescifrables. Cuando descubre el libro “El arte” de Augusto Rodín, se engancha para siempre con las expresiones del autor:

“El arte no es difícil; las obras que exigen un excesivo esfuerzo no son creaciones personales ni verdaderas, no son arte.”

Piensa detenidamente en su vida de carbonero estibador, de dibujante combatido por el padre, de muchacho inculto que no terminó la escuela y se plantea: *en mi caso el arte no es tan fácil*; igualmente se identifica con las ideas del autor que sacuden de por vida, su sensibilidad creadora.

En la academia conoce a un puñado de muchachos inquietos, *los vagos de los que tiene que apartarse*, afirma el padre. Los jóvenes están comandados por los caudillos Juan de Dios Filiberto y Santiago Stagnaro, el viejo compañero a quien Benito conoce desde antes, cuando cargaban bolsas en los barcos.

1908. El gremialista del puerto, Santiago Stagnaro a quien llaman el *pequeño Leonardo* (por lo que sabe de literatura, música, periodismo y pintura) y el *Mosquito*, conocen por experiencia el arduo y prolongado trabajo de los estibadores y por tal causa, con firmes convicciones, participan decididos, con sus firmas, en “El Manifiesto de la Huelga porteña”, que fija la jornada laboral en ocho horas y reduce el peso de las bolsas, a 70 kg, como máximo.

1909. Enfermo, débil, agotado por el exceso de trabajo en la carbonería y en el puerto, Benito viaja a San Javier, Córdoba, donde el aire puro y la vegetación colorida lo revitalizan de una incipiente tuberculosis. Conoce allá, a Walter de Navazio, con quien pinta temas de la naturaleza. A los seis meses, repuesto, regresa a Buenos Aires. Monta un taller en la bohardilla de la carbonería de Magallanes 970, con sus amigos Montero y Stagnaro. Los muchachos quieren abrirse camino, doña Justina los apoya y los acompaña con cariño entre mates y facturas caseras, especialmente, cuando el padre no está.

Benito muestra interés por la lectura de autores extranjeros, se familiariza con libros de Gorki, Balzac y Víctor Hugo a quienes lee, comenta y debate, en las fervientes reuniones de la peluquería de Nuncio Nuciforo, en la calle Olavarría. Frecuenta los talleres de Facio Hebequer y José Torre Revello, en La Ribera, donde la muchachada confronta ideas y discute sobre arte. La madre de Benito, confidencialmente se entera de las tormentas que sacuden su corazón y lo apacigua con dulzura: *tranquilo... hijo querido*, pero el padre, no ve bien eso de la pintura, nunca está conforme y lo regaña. Cansado de la desvalorización paterna, Benito huye de la casa, pero no dura lejos, regresa al poco tiempo. Extraña los afectos, necesita el especial cariño de su madre y, en los momentos bravos, cuando tiene que esclarecer el pensamiento, se refugia en la orilla. El Riachuelo lo atrae como nunca, es su amigo natural preferido.

1910. Gobierna Roque Sáenz Peña como presidente, hasta 1914.

El muchacho asiste a la primera exposición de pintores del barrio de la Boca llevando cinco obras: un óleo, dos dibujos a pluma y dos paisajes. Entretanto continúa buscando espacios al aire libre, que lo motiven profundamente para pintar paisajes. Recorre con sus pinceles las zonas de Palermo, Parque Lezama y la isla Maciel, que para él, son *“algo así como el Tigre en miniatura adonde yo iba a pintar perales y durazneros en flor”*.

Lo atrae *la libertad del arte y para el arte*, actitud del espíritu que emplea y aprende del maestro Lázzari. Solo la libertad del espíritu le permite atreverse a navegar sin límites por sus cartones, remover con lápices, pinceles y espátulas, el contenido y el color de sus obras. *“Además de antiacadémico –aclara– yo era un pintor fácil y rápido cuando pintaba lo mío. La vida afiebrada del trabajo, eran temas que yo llevaba adentro y los trataba con facilidad”*.

1914. Gobierna Victorino de la Plaza como presidente, hasta 1916.

Se inaugura el Puente Transbordador Nicolás Avellaneda.

Benito participa con dos cuadros en el Salón de Recusados, un lugar donde los incomprendidos y los postergados, exhiben las obras que rechazan en el Salón nacional. Dos temas “Quinta en la Isla Maciel” y “Rincón del arroyo Maciel”, son pinturas que los diarios “Crítica” y “La Nación” ensalzan con sus comentarios. Dicen que el salón de recusados estuvo abierto varios años en Buenos Aires, provocando contradictorias opiniones entre la gente y que uno similar, existe en Francia.

1915. Con el pequeño Leonardo deciden dictar un curso nocturno para los obreros, sobre contenidos de la flora y la fauna; pretenden asociar *el arte aplicado a la industria* pero a los dos años les cierran el taller por falta de títulos habilitantes.

1916. Surge el voto universal, secreto y obligatorio en los comicios y con él, la figura de Hipólito Yrigoyen (el peludo), primer presidente radical hasta 1922.

Es año de buena cosecha. El primer artículo sobre el pintor Quinquela titulado “El carbonero”, aparece en la revista Fray Mocho. Lo firma Ernesto Marchese y su crítica destaca *el afiebrado arrojar de colores y más colores de Chinchella*, los conceptos aluden a un pintor intenso que arroja con pasión considerable dosis de óleo, sobre la

tela, lo mueve con la espátula, lo distribuye a discreción, lo observa y, cuando no le gusta lo que hace, empasta decididamente con más óleo la superficie hasta que la obra surge. La crítica de Marchese le ayuda a desterrar para siempre la carbonilla y entregarse de lleno al color.

Se inicia en el comercio, vende su primer cuadro “Preparativos de salida” al señor Dámaso Arce. Quinquela ya no es el carbonero pintor, es el pintor a secas, sin calificativos.

Pío Collivadino, director de la Academia Nacional de Bellas Artes –espíritu abierto y generoso– en una salida casual, lo conoce pintando en el muelle y le pronostica con asombro:

–*“Usted Quinquela, será el pintor de La Boca y su puerto”*.

Le aconseja la conveniencia de pintar en grandes dimensiones por el carácter de las pinturas y le presenta al secretario personal, don Eduardo Talladrid, para que lo asesore sobre la forma de organizar las exposiciones. Empieza entre ellos una amistad sólida, con oportunidades de excelentes contactos para exponer.

En esa etapa de encontronazos, con el padre:

–*Benito, te dije que la pintura no te va a dar de comer.*

–*Padre... es lo único que me atrae, y como no quiero causarle disgustos, me voy de casa.*

El muchacho privilegia la tranquilidad y se va a vivir a la bohardilla del boliche de la calle Magallanes 887, una especie de mono ambiente que hace las veces de dormitorio, taller, biblioteca, escritorio y depósito de materiales. Las cosas, con el jefe de su familia no andan bien; no es la primera vez que escapa del hogar, en otra de las huidas se había ido al Ministerio de Hacienda como vendedor de café.

1917. Presenta en salones de Buenos Aires los cuadros “Buque en reparaciones” “Día de sol en La Boca” y un año después, “Rincón del Riachuelo”; aceptan los tres.

Trabaja sin respiro, preso de ansiedad va apilando obras, una al lado de la otra. El ardor por el trabajo lo supera. Con lirismo, le canta a su riachuelo y a los barcos.

1918. Expone por primera vez en la Galería Witcomb, cuarenta y ocho obras. Pío Collivadino se lleva un cuadro. Después, expone en el Jockey Club para una reunión de las damas de beneficencia de Buenos Aires. De allí, el ascenso es continuo y permanente. Cuando se acerca al río, Benito lo mira con respeto, le cuenta sus logros y rememora a solas, las travesuras vividas en la orilla.

Comienza a usar la espátula, en lugar del pincel y pinta con los dedos; dice Gutiérrez Zaldívar que las marcas están impresas en sus óleos.

1920. Viaja en avión a Mar del Plata con veinte obras, para el salón Witcomb. Allí pinta algunos paisajes de la playa. Ese año empiezan los preparativos serios para su primer viaje al exterior. Le parece mentira, él... ¡carbonero de origen, peleador de la vida, obrero de los barcos! está por convertirse en embajador de sueños. Su buenaventura lo coloca frente a Talladrid –ahora representante de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes– quien concreta un intercambio artístico entre Brasil y la Argentina y decide enviar los cuadros de Chinchella a inaugurar la muestra en el “Salón de Honra de Río de Janeiro”. A él, asiste el presidente del Brasil doctor Epitacio Pessoa.

Es la primera vez que el nombre del pintor argentino aparece en un catálogo.

Pleno, regresa a la ciudad y alquila un taller en la calle Almirante Brown, es preciso continuar trabajando fuerte. Firma las obras como Chinchella Martín pero no le agrada Chinchella, por lo de *chinche*, que alude a su carácter y él, reconoce. Por otra parte casi todos pronuncian mal el apellido, los únicos que lo dicen correctamente son los italianos que conocen el idioma y eso, le disgusta. Hace rato mastica el cambio de la firma de sus cuadros, así que, decidido, castellaniza su apellido y adopta el nombre artístico *Quinquela Martín*. Mezcla dos tipos de letra, cursiva para Quinquela y enseguida, el nombre Martín, con letra imprenta. Debajo, traza una raya horizontal, recta como su vida.



Las obras que llevan la firma anterior pierden interés para la gente y, creyendo que los últimos cuadros con la firma nueva, valen más, le alcanzan las pinturas viejas para que las vuelva a rubricar.

1922. Marcelo Torcuato de Alvear es el presidente de los argentinos, hasta 1928.

El pintor está listo para zarpar a España en el vapor Infanta Isabel como “Canciller del Consulado argentino en Madrid”, cargo que le otorga el presidente de Alvear quien, junto a su esposa, lo visita seguido en el taller. Ambos lo quieren y lo apoyan económicamente.

Viaja el pintor a Madrid; la exposición es un éxito. El director del Museo del Prado, Fernando Álvarez de Sotomayor le compra las obras “Buque en reparación” y “A pleno sol”, para el Museo de arte moderno. Conoce a personalidades de renombre, a la Infanta Isabel, al duque de Almenara, al duque de Tordecillas, al embajador argentino y a otros destacados. La estancia de un año en Madrid le posibilitan codearse con el ambiente cultural español y vender sus obras a museos, galerías de arte y coleccionistas particulares. Le presentan a Santiago Ramón y Cajal, Jacinto Benavente y a los pintores Ignacio Zuloaga y Julio Romero de Torres.

Benito es agradecido y tiene conciencia de lo que está logrando. *“Empecé a sentir íntimamente la responsabilidad del artista que sale del anónimo de su casa para convertirse en objeto de comentario público”. “Y cada vez que partí, llevé conmigo la imagen de mi barrio que fui mostrando y dejando en las ciudades del mundo. Fui como un viajero que viajaba con su barrio a cuestas, o como esos árboles que solo dan fruto, si llevan adheridas a sus raíces la tierra en que nacieron y crecieron”.*

1923. Expone en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

De regreso a Buenos Aires, adquiere la casa de Magallanes 887 adonde *“mis viejos seguían atendiendo la carbonería, que por entonces estaba en estado de quiebra; cerré la carbonería y les regalé la casa a mis padres adoptivos. La compra la hice con el dinero que gané en España. Aquella casa era un regalo que España me había hecho a mí, y que yo transferí a mis viejos”.*

La mezquindad no anida en el corazón del pintor aunque la cáscara rugosa que oculta su interior, parezca dura.

1924. En la Asociación Amigos del Arte, de Buenos Aires, hace una exposición de diecinueve obras, una de ellas “Día de sol en el Riachuelo” es vendida al Ministerio de Marina, para el Centro Naval.

1925. Luego de un año de producción intensa, parte a Francia en el vapor Massillia, expone en París y vende sus obras a compatriotas radicados en la región. A otras, las comercia en Luxemburgo. Reconoce con humildad: *...mi viaje a Francia se debe al presidente Alvear que simpatiza con mi obra y quiso que la presentara al juicio de París.*

Al año siguiente conoce Inglaterra.

Después de tantas travesías y viajes en barco por el mundo, volver a la tierra emociona su corazón sediento de barriada y amistades. Mientras el barco se acerca lentamente al muelle, su mente agradecida recuerda a los que le brindan ayuda incondicional.

Él siempre se ha ido, se va, pero retorna; lo atan su barrio, su puerto, su gente y su río.

1926. Expone en París, Francia. Sala Charpentier. Al respecto expresan los críticos franceses de la época:... “Quinquela sólo tiene 36 años. La Argentina no ha revelado hasta la fecha un pintor tan vigorosamente personal. Y la Argentina es un país magnífico, en donde puede intentarlo todo un pintor como éste. Benito Quinquela Martín, está ya preparado para ser el historiógrafo de los múltiples aspectos de una naturaleza, cuya esplendidez no sospecha la vieja y perezosa Europa. Cuando me impacientaba yo ante la pobreza de nuestros independientes, a pesar de sus pretensiones, siempre pensé que la renovación pudiera venirnos de una región ultra oceánica como la Argentina, y que bastaría para ello, la aparición de una fuerte personalidad para determinar otras personalidades ¿Es Quinquela el hombre marcado con el signo necesario? Yo lo deseo, porque sus dones son raros, su carácter es entero, y la vida templó su energía como un buen acero. En todo caso resultará muy interesante seguirle en la decena de años venideros”... Camile Mauclair (“La Nación”, Buenos Aires, 25 de abril de 1926).

Al regresar de París, Benito forma parte de la comisión fundadora de “La peña del Tortoni”, que funciona en el sótano cedido por monsieur Pierre Curutchet. Por allí, desfilan personalidades ilustres; Juana de Ibarbouru, Baldomero Fernández Moreno, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Luis Perloti, Juan de Dios Filiberto, Carlos de Jovellanos, entre tantos. Es un rincón cultural salpicado de arte, un sitio de privilegio donde leen poemas y cuentos, comentan libros, escuchan conciertos y conferencias, exponen pinturas y esculturas, esclarecen el intelecto y la sensibilidad. De esos referentes distinguidos de la cultura nacional se observan fotografías, en las vitrinas del histórico café.

Participa de las reuniones en “Gente Arte Impulso” del Ateneo Cultural de La Boca, creado por el prestigioso impulsor artístico, don Fortunato Lacámara.

1927. Viaja a Nueva York con “Día gris en La Boca” y “Día de sol”, vende las pinturas al Metropolitan Museum. También en la Anderson Gallery, muestra treinta óleos de gran tamaño.

1928. Segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen como presidente, hasta 1930.

De paso por La Habana (Cuba) expone veintiséis obras a pedido del director del Diario de la Marina y, al regresar a Buenos Aires es recibido en La Boca con honores. Procesiones de algarabía y desfiles callejeros festejan el triunfo del artista, en el exterior.

Quinquela no se deja impresionar por los honores, ni por los homenajes, ni por los bienes materiales, no se arrodilla ante el poder ni ante el dinero, más bien detesta la obsecuencia y se ríe de las circunstancias teatrales de la vida, siempre elige tomar al toro por las astas. En tanto Buenos Aires, vivencia señales de crisis económica y social.

Produce dos enormes pinturas para el hall del segundo piso del Teatro Regina, en la Casa del Teatro.

1929. Gran depresión mundial.

Un cargamento importante de pinturas es llevado por las olas a Italia, a bordo del vapor Comte Verde; Quinquela expone sus cuadros y los vende

sin tropiezos en el Palazzo delle Esposizioni; la embajada argentina apadrina el acto al que asiste el rey Vittorio Emanuele III y Benito Mussolini, quien se muestra gratamente impresionado por la temática que desarrolla el argentino, y por el colorido de las producciones. Narra Leonor Masella que el excéntrico Mussolini, se empecina en adquirir una obra:

–*Quinquela... le compro ese óleo gigantesco. Quiero “El amanecer”.*

–*La pintura no se vende, señor –responde terminante– Volverá al museo de la República de La Boca.*

–*Lo disculpo –acota con ribetes jocosos– porque usted es buena persona y, como yo, se llama Benito.*

Uno de sus óleos de 2m por 1,65 “Momento violeta” es comprado por el Museo de Arte Moderno, de Roma.

Conoce en audiencia privada al Papa Pío XII y al músico Arturo Toscanini, director de la orquesta del teatro La Scala de Milán, donante y promotor de la construcción del teatro homónimo en Italia. Ambos simpatizan, entablan amistad y prometen encontrarse más adelante en América.

Varios museos del mundo adquieren sus obras: el Museo de arte de Londres, el de Birmingham, Sheffield, Swansea, Hardiff, Nueva Zelanda, y el del Palacio de Saint James del príncipe de Gales. Dicen que desechó exponer en Japón y Alemania.

Quinquela, con el espíritu en paz, regresa al país dispuesto a festejar el éxito con los amigos predilectos que tiene en el barrio y en la isla Maciel, frente del Riachuelo. Extraña la rutina pueblerina y la soledad de la naturaleza que lo incita a pensar y a crear.

Apenas toca puerto, saluda a los amigos y se dirige a la isla. Rema con placidez, acortando distancias, mientras los pájaros del río ensayan a su alrededor una pesca fallida. El pintor, a bordo de una canoa de colores llamativos, con las franjas argentinas por dentro, se desplaza con lentitud por las aguas tranquilas del riachuelo. Entre sus finas manos, los remos chasquean lentamente.

Brazadas generosas lo conducen a compartir, con los íntimos, partidas de naipes, asados, copas y encuentros amorosos, que no dejan señales fuertes. Su nombre se va extendiendo con vigor en Buenos Aires.

Recibe visitas de Europa; Toscanini, fiel a su promesa –dice Leonor– llega de Italia a la Argentina. Viene a firmar contrato para dirigir conciertos en el Teatro Colón y ansía entrevistar al amigo pintor que lo ha impresionado con su yo tan fuerte e ingenioso. Cuenta que, en el primer encuentro realizado en el Museo de La Boca, el músico le comenta:

–Benito, en Boston vi un piano alemán excelente que le vendría de perillas a su museo.

El pintor de la ribera, sin comentarios, registra la información en su memoria. En el viaje siguiente, Toscanini visita el museo antes de resolver sus asuntos comerciales en el Colón y descubre con sorpresa, que en un rincón de la sala está el Chikenir impecable de Boston, del cual habían hablado antes. Quinquela le explica con picardía:

–Gracias a su información, lo compré por teléfono, y el depositario Lotter Moser lo trasladó a este lugar. ¡Es un piano formidable!; de nuevo... ¡gracias por el dato, mi amigo!

Con los ojos arrugados por la pícara sonrisa, se acerca cordialmente al concertista, y tomándolo del hombro lo invita a estrenar el instrumento que ya ha pintado con azules y verdes, sin omitir el infaltable barquito, en el frente. La música arrobadora invade la sala y escapa serpenteando hacia el río.

Son tiempos en que las personalidades de La Boca, se desviven para que el barrio crezca, influenciado por el arte y la cultura popular, aunque la economía del país haga temblar de inestabilidad al pueblo.

1930. El General Uriburu derroca al gobierno constitucional y asume como presidente de facto, hasta 1932. Comienza una serie de golpes de Estado que se repiten hasta 1983.

Benito realiza su último viaje a Londres, en el vapor Arlanza. Expone en la galería Burligthon. Muestra veintinueve óleos sobre el puerto. Varios museos de Europa adquieren sus pinturas que exponen en sus instalaciones, además de “Puente de la Boca”, regalo del presidente Alvear al duque de Windsor, en su visita a la Argentina.

La nación vive una crisis generalizada, la del año 30. Muy afectada por los coletazos de la crisis mundial, ve sacudir su economía; la moneda se deprecia, los precios del agro se reducen, no hay dinero circulante, la

gente es despedida de los trabajos, cunde el desempleo y la miseria toca especialmente, a las clases populares.

Los salarios de los maestros no se pagan en término, motivo que obliga a muchos, a vender sus sueldos al comerciante fuerte del barrio, que toma los cheques y les devuelve comestibles, por valores más bajos. Escasean los alimentos de primera necesidad; es tanta la hambruna que los negociantes humildes deciden, por falta de clientes, preservar las partidas de rollos de papel higiénico con diarios, en espera de tiempos mejores.

Las mujeres hacen malabares para sostener la economía doméstica.

Los artistas –incluidos en el cimbronazo– pintan en La Boca, cuadros chicos y los canjean por diferentes artículos.

Como regalo, nace la primera villa miseria en Puerto Nuevo.

Las calles de tierra de La Boca y, otras escasamente empedradas, se inundan con las lluvias y empeoran su maquillaje con las sudestadas. Las cunetas se llenan de agua sucia y los desprevenidos hunden en el barro las alpargatas de lona y los zapatos. Los propietarios, cansados de las inundaciones, piensan en levantar las casas sobre el nivel de las veredas para zafar del agua nauseabunda. Pocas casas se salvan del mal, los vecinos protestan pero las autoridades miran de lejos al sur y contemplan, de refilón, sus necesidades.

La humedad y el frío apadrinan gripes, resfriados, anginas, que las madres combaten con remedios caseros: té de horchata humeante, aspirinas, ventosas en la espalda, y cataplasmas de lino en el pecho.

No todo es tragedia; Boca Juniors se apunta la delantera más eficaz en la historia del club: ciento doce goles en el año.

1931. Esta vez expone en Santa Fe, en el Museo de Bellas Artes, Rosa G de Rodríguez, veintiún óleos y dibujos.

1932. Gobierna Agustín P. Justo como presidente, hasta 1938.

El Rancho Banquero, lugar de especiales fugazas con queso, abre las puertas en los suburbios de la ciudad. Allí se reúne Benito con otros pintores, escritores y vecinos para cenar, conversar y divertirse.

1933. Las calles de La Boca empiezan a vestirse con estatuas y una que otra cerámica fileteada. Asoman pinturas decorativas en algunos edificios, esculturas en las fachadas importantes, y rejas artísticas en los ventanales. Los artistas crean, se muestran, pero, la economía familiar no se descuida en los hogares; la vecindad no gasta más de lo que tiene, ni se desvive por marcas o modelos de ropas y zapatos. La humildad de la gente –sello de la época– transforma al barrio en algo diferente, un núcleo humano donde la creatividad busca su cauce para resolver situaciones conflictivas.

En la década, los artistas de la zona, motivados por el hábitat de sosiego pero a la vez con audacia contagiosa ¡tan diferente a la formalidad del centro! condensan sus chispas intelectuales y sus corazones en una antorcha de talleres. Un grupo de pintores se atreve a montar ateliers en la calle. Lacámara, Carlos Victorica y Quinquela son de la partida; espantan de ese modo, al virus de la rutina y, de cara al sol, con la caricias que les manda el río, se refuerzan entre sí para crear.

Quinquela, el pintor de los estibadores, del agua y de los barcos trabaja sin descanso, amontona obras. Es un ser auténticamente generoso. Puede desprenderse de sus cuadros, goza cuando los regala con dedicatoria a los amigos y se alegra, cuando el gobierno, en tiempos mejores, le compra obras a buen precio para obsequiarlas a las visitas importantes que arriban a la Reina del Plata.

Con la ganancia de sus pinturas adquiere, en La Boca, un solar frente al río, en el mismo sitio donde su madre ha trabajado como cocinera del bar, durante tantos años. El joven pintor tiene como meta un gran sueño, donar el terreno al Consejo Nacional de Educación, para que levante una escuela primaria. Ansía que los vecinos tengan la oportunidad de aprender a leer, a pintar, a tocar música, y a cantar. Quiere devolver al barrio cuánto ha recibido en sus viajes. Presenta su proyecto de donación y queda, con la suavidad del esfumino, a la espera de la respuesta oficial.

El gesto del filántropo no tiene contestación inmediata, aunque su nombre ya resuena en Buenos Aires y sus óleos se obsequien a presidentes y embajadores extranjeros.

Agotada la cuota prudencial de espera, exasperado por las pulgas precámbricas de su impaciencia, el temperamental maestro expresa:

–No puede ser que mi empresa sea entorpecida de esta forma. El dinero para el proyecto existe ¿qué pasa con la construcción del edificio? ¿por qué no responden las autoridades?

Tropieza con múltiples inconvenientes. Va y viene caminando de La Boca al centro de la ciudad, habla con las autoridades educativas, discuten criterios, entrecruzan abundantes notas y en una de las tantas entrevistas le comunican:

–Don Benito, la escuela se hace. Vamos a enclavar en un mes la piedra fundamental.

Los amigos de La Vuelta de Rocha lo animan con actitudes solidarias, hasta lograr que derribe sus rezongos.

1935. La edificación de la escuela museo es realidad. Entre los paseos preferidos, visitarla, resulta prioritario.

1936. Se inaugura el Obelisco de Buenos Aires, tiene forma circular, 67 m. de altura y el proyecto es del arquitecto Alberto Prebisch.

Se entrega de lleno al arte; pinta con pasión, no solo cuadros al óleo sino murales para colocar en las aulas de la escuela que pronto será inaugurada. Quiere dejar la herencia de sus pinturas al barrio donde pasó la vida.

Las autoridades educativas le rechazan la idea y le explican:

–Don Benito, los cuadros en las salas distraen la atención de los alumnos y les impiden atender.

El director de arquitectura del Consejo, hijo de un argentino famoso y otro funcionario pintor (en ese momento árbitro en materia de decoraciones), le ponen la proa:

–Si usted decora la escuela a orillas de la ciudad, tendrá que hacerlo con temas del campo, y además, colgarlos en el patio ¡jamás en las salas! Y si decora una escuela rural o provincial, tendrá que pintar temas de la ciudad.

–Muy bien, yo respeto sus puntos de vista, ¿por qué no respetan el mío? Ya han hecho ustedes su ensayo, hagamos el mío. Si sale mal yo borro todos los cuadros y los tiró a la basura. Pero el ensayo hay que hacerlo porque la verdad no está en ustedes ni en mí, no sabemos donde está.

Las autoridades rechazan el criterio del donante, y hasta opinan que es vergonzoso que se levante un edificio escolar para que sirva de casa, a Quinquela. Y agregan:

–El gobierno no debe gastar plata en construir un taller para un mal pintor.

El fundamento educativo, *las escuelas no deben llevar murales en las aulas* no convence al maestro y decide jugarse.

Con el entusiasmo de un chico, trama la aventura de pintar a escondidas los murales, en el taller de la escuela, casi terminada. ¡Ya vendrá el momento de montarlos definitivamente en las aulas de la planta baja!

Decidido, con estricta metodología, se aboca en secreto a la tarea para no enterar a las autoridades. Comienza su trabajo con la caminata temprana que realiza desde la carbonería de Magallanes, donde habita. Se mueve despacio, se instala en el taller de la planta alta adonde se entrega a la actividad que lo apasiona y lo obliga a ocupar las manos y la mente. Trabaja los murales por partes; ¡son tan grandes que no hay material apropiado para armarlos en una sola pieza! Embadurna los cellotex (cartones rectangulares fuertemente prensados) con la espátula, desparrama en la superficie colores, yuxtapone los complementarios y los opuestos: rojo-verde, violeta-amarillo, azul-naranja, para reforzar la idea de energía y movimiento, busca formas según el tema, los resguarda en lugar protegido y espera que se sequen. Con las obras terminadas –producto de tantas noches en vela– baja a las aulas, a la tardecita, cuando ya no quedan alumnos ni maestros. Los amigos lo ayudan: cargan los paneles sobre sus hombros, los bajan por escalera y los depositan en el patio vacío, sobre los mosaicos. Después, congenian las partes de la obra y se disponen a amurarla en la pared. Trabajan hasta la madrugada, pero el tiempo tirano no les basta.

–Si hubiera pintado al fresco, sería menos complicado, pero no pude, me lo prohibieron ¡sinvergüenzas! ¿Cuándo voy a terminar? De día es imposible, por los chicos y especialmente, por los alcahuetes de turno.

Preocupado por tantos obstáculos revuelve sus recuerdos, piensa y de pronto ¡jaz! vislumbra la figura de los mellizos García, amigos de la

niñez –frontales, audaces, desobedientes– y con la misma energía de los años infantiles, propone de súbito a sus ayudantes:

–Muchachos... ¿y si colgamos los murales mañana, con la luz del sol, aunque vengan los inspectores del Consejo? ¿Quién se va a atrever a bajarlos de la pared de las aulas? ¡Qué diablos!

De inmediato arman el primer mural sobre bastidores, lo cuelgan y lo contemplan desde lejos. Los colores brillantes del óleo contrastan con el verde pastel de la pared y con el amarillo de los techos, jamás blancos. La emoción invade al pintor y a sus ayudantes. Mientras lo aprecian, un estado de plenitud suaviza su cáscara rebelde y, más tranquilo, fricciona su cerebro con un pensamiento conciliador:

–No te enchinches Benito, tus metas se van cumpliendo como las habías planeado.

Al día siguiente, el primer mural gigantesco de la escuela Pedro de Mendoza impacta a todos. Apenas entran, lo descubren los chicos y lo saborean los maestros con alegría y comentarios a favor. ¿Qué dirán las autoridades del Consejo?

Para el artista nada es fácil, lucha con la envidia de los propios colegas que procuran desbaratar su empresa y andan comentando, por ahí:

–Benito no tiene técnica, no tiene práctica, no tiene ideas para decorar la escuela, es un pintor de barcos viejos.

Él no se deprime; sigue adelante con sus firmes estrategias, tiene fe.

Un vocal del Consejo lo acompaña en la batalla, el doctor Félix Garzón Maceda, quien valora las actitudes de Benito y se da cuenta de la mezquindad adyacente. Con sinceridad le dice:

–Todos son enemigos suyos, nadie lo puede ver, pero yo lo voy a apoyar. Usted, siga.

Cuando Quinquela termina los murales y acuerdan la fecha de inauguración de la escuela, desde el Consejo se las ingenian para no asistir; aducen que otro acto importante –el traslado de una escuela de la calle Olavarría a otra sede– no les permite acercarse. Entonces, indignado por el boicot, acude a la presidencia a ver al general Justo, a quien le cuenta los hechos.

–*¿Cómo puede ser?* –dice el presidente. Acto seguido se acerca a la escuela para inaugurarla en privado.

–*Ahí fue –cuenta Quinquela– cuando todos se entregaron. Claro... hay un tipo de lacayos al servicio del estado. Ante un hecho así, se rinden.*

Y explica textual:

Todo hombre que sueña tiene algo de loco. Cuando fuimos a montar los murales en las aulas, me armé con un garrote y un revólver, el revólver estaba vacío, pero estaba...Yo no quería matar a ningún tipo, pero el revólver estaba ahí, a la vista, me hice el loco. Quinquela está loco –decían– y entonces, con aquel muchacho Cánepa y algún otro, clavamos los murales. Y el revólver siempre a la vista. Llegaba un inspector y, era lo primero que veía, junto con un cuchillo que habíamos traído después. Y esa fue la única forma de poder presentar los murales. Yo, solo pretendía llevar el símbolo del trabajo a las aulas, para que los alumnos lo vieran y lo dignifiquen.

Dieciséis enormes murales y frescos –únicos en el mundo– visiten los salones de clase y las galerías de la Escuela Museo “Pedro de Mendoza”, en el número 1835 de la avenida homónima. Representan: *el trabajo, la familia, el desembarco de los inmigrantes, la despedida, las fogatas, la cosecha, las murgas, los estibadores desafiando tormentas, el riachuelo.*

En las pinturas, se mezclan sogas y mástiles, proas y popas, brazos en acción, mucho sol, velas desplegadas, carnavales, fuegos con ondas expansivas de luz, que van más allá del perímetro de los marcos. El maestro reconoce:

“El puerto, los barcos, el río, las grúas, los astilleros, los obreros, la vida afiebrada del trabajo, eran temas que yo llevaba adentro y los trataba con facilidad”.

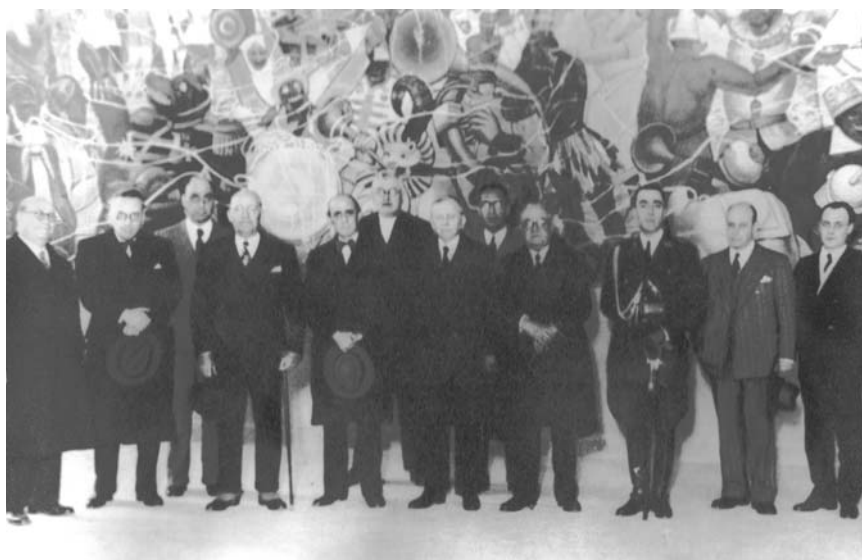
La obra inconfundible lleva su marca hasta en la contradicción de las proporciones, en el tamaño exagerado de algunos elementos, en los rojos que gruñen y en los mástiles de los barcos que se reflejan sinuosos, eléctricos, en el agua.

Después de tanta angustia ¡por fin la inauguración oficial!

El 19 de julio de 1936 (año del surgimiento del primer sistema de televisión en Londres) la escuela abre sus puertas, con su corazón mirando al sur ¡es la Escuela Museo de sus sueños!

El barrio se revoluciona. La noticia es tapa de periódicos. El diario “La Nación” registra en sus páginas el acontecimiento, publica fotografías, notas y anécdotas con perfume de óleos y acuarelas. Las banderas celestes retozan en las calles, se agitan en las esquinas y saludan al público desde los mástiles de los remolcadores que aturden con pitadas intermitentes.

La escuela de los murales ya es un hecho, un triunfo para la vecindad.



“Carnaval de La Boca” mural de fondo, con Quinquela
y las autoridades civiles y eclesiásticas.

Bs. As., 1936.

Con las mejores ropas, la gente se desplaza apretada y alegre por las calles hasta el edificio de la avenida Pedro de Mendoza. Los Bomberos de varias localidades vecinas y los Boy scout de Don Bosco adhieren al festejo con carruajes y uniformes de gala; los ancianos se animan y enfrentan la brisa ribereña que, ese día invernal, sabe a malvones y a geranios rojos.



La escuela se inaugura mientras los automóviles esperan a los dueños. 19-07-1936

Automóviles lujosos de los años treinta, con capotas cuadradas y cortinas desmontables, estacionan paralelamente al Riachuelo ¡quieto como nunca! para no entorpecer el espectáculo. La muchedumbre (integrada por autoridades del Ministerio de Educación, la intendencia de Buenos Aires, la institución “Amigos de La Boca y la Isla Maciel” y, los vecinos) canta emocionada el Himno Nacional Argentino. El local está colmado. El palco de las autoridades congrega a personajes importantes de la cultura y la política.

El barrio de La Boca está presente



La muchedumbre en la Avenida Pedro de Mendoza, frente a la escuela que mira al Riachuelo de La Boca. Bs. As. 19-07-1936.

El padre del pintor ha muerto, pero su madre morena y humilde, de pie entre la multitud, posa emocionada ante la máquina fotográfica de cajón. Su figura menuda es registrada en monocromo junto al hijo del alma que saluda al ministro, a las autoridades, a los amigos. El pañuelo oscuro sobre los cabellos blancos de doña Justina Molina, se inclina varias veces con delicadeza, ante el numeroso público que le sonrío y le hace pensar, agradecida:

—Jamás he rozado gente tan importante y eso, por mi hijo Benito, a quien crié con amor y rectitud.



El pintor, con anteojos y cobata de moño, apoya la mano sobre el hombro de su madre; lo acompañan la maestra Margarita y la autoridades. Bs. As. 19-07-1936.

Junto a Benito, la maestra Margarita Earli, la que le enseñó a leer en la escuela Berruti y miró sus dibujos y acarició su alma. Como Justina, siente idéntico orgullo por la fama, el respeto, el éxito y el esfuerzo que evidencia su distinguido ex alumno.

Después de la bendición de las instalaciones por el Cardenal Copello, siguen los cantos, los aplausos y una explosión de luces de bengala. La suelta de mil palomas mensajeras, enviadas por el municipio porteño, cierra el acto inaugural. Los tripulantes de los barcos trepados en la borda, participan también del espectáculo.

El cielo es más azul entre los barcos sembrados de banderas argentinas. Los inmigrantes aflojan una lágrima. El Riachuelo –manantial del pintor– glaseado de mansedumbre en la superficie, siente hervir las aguas de su cauce. Esa mañana de julio, el artista se confabula con el río y lo saluda con una reverencia por la conquista cultural que sacude sus vísceras.



Desde los balcones de la Escuela Museo, el Cardenal Copello bendice las instalaciones, de cara a la multitud, que presencia el acto educativo cultural. Bs. As., 19-07-1936

Por la calle empedrada de la Avenida Pedro de Mendoza desfilan las autoridades. Quinquela -el filántropo- al frente del desfile, con la mano en el pecho, sale a compartir los festejos con la comunidad. 19-07-1936



1937. A esa altura, el *maestro del color* –así lo llaman los colegas y los amigos– es un señor de cuarenta y siete años, vanguardista, empecinado, recio. Sobre él se escriben artículos en los diarios, comentarios en el exterior, testimonios y juicios críticos en distintos lugares del mundo. Es conocido por muchos, pero él mismo no conoce su origen y ahora, hombre, decide investigarlo en las iglesias, adonde seguramente, constarán datos de su nacimiento en algún libro. Recorre varios templos católicos buscando un testimonio, hurga los registros, conversa con los sacerdotes, quiere saber de sus raíces, pero, en confusión, súbitamente, deja inconcluso el trámite. Un resquemor extraño le lastima, las sombras del posible hallazgo le producen recelo y prefiere entonces seguir su derrotero, con la incógnita de la verdadera identidad.

–*Quiero ser simplemente Quinquela Martín, el hijo de Justina, la entrerriana.*

1938. Gobierna Roberto M. Ortiz como presidente, hasta 1942.

Abre sus puertas el Museo de Bellas Artes, Benito Quinquela Martín, en el segundo piso del edificio de la escuela. El Riachuelo se viste con un puente de hierro al que llaman “Teniente General Urriburu”, ex Alsina.

Quinquela es nombrado Director Honorario de la escuela Pedro de Mendoza, sin sueldo. Le aclaran que la labor pedagógica será responsa-

bilidad de los docentes que nombra el Consejo Nacional de Educación, de dónde los establecimientos educativos dependen.

Don Benito dibuja arriba, en el taller del tercer piso; abajo funcionan las aulas.

Empedernido trabajador, baja y sube la escalera de improviso y sorprende al personal docente que reconoce su autoridad. Jamás avisa que hará una visita. Es parco y nada explicativo. Los maestros de su tiempo cuentan que, en oportunidad de estar reunidos en el patio, a poco de ser nombrado director honorario, se acerca y les dice:

–Ustedes, con esos guardapolvos blancos parecen enfermeras o mucamas.

Todos lo miran con gesto de extrañeza, no comprenden la alusión. Recién, a pocos días, cuando ingresan a firmar y encuentran en la dirección una pila de guardapolvos de color verde claro, acomodados por talle, interpretan el mensaje. Acatan sorprendidos la indicación de que se los prueben y empiecen a usarlos. A media mañana, un secretario personal baja del museo, con este mensaje para todos:

–El maestro Quinquela pregunta si alcanzan los guardapolvos y si ya se los pusieron.

Desde ese momento, por imperio de su voluntad transgresora y en adhesión ilimitada al color, los delantales de los maestros en lugar de ser blancos (no usa nunca este color en sus pinturas), como reglamenta el Consejo Nacional de Educación, llevan el tono verde y sano del Riachuelo. Ciertas autoridades educativas rezongan, pero aceptan esta suerte de infracción de la única escuela argentina que rompe la norma y se encuadra, hasta la muerte del pintor, en otra muy especial.

Como director ad honorem, recorre el patio a la hora de entrada, presencia el izamiento de la bandera y escucha con atención el saludo que recitan los chicos, al unísono. Tiene mucho ascendiente, parece más director que el director; nadie lo contraría.

Les enseña a respetar los murales, las esculturas, los bronce, las cerámicas y las obras que van enriqueciendo de a poco, el patrimonio de la institución. Revisa personalmente los baños y se acalora y los enfrenta cuando algún chico osa rayar alguna superficie del edificio. Las paredes

están impecables, todo brilla. No hay papeles en el suelo. Los alumnos lo quieren, lo respetan y le temen. Cuando lo ven acercarse al patio de formación, maestros y alumnos se avisan de inmediato:

–*Chicos quietos, ahí viene el maestro Quinquela. Bien formados.*

Nunca falta a los actos escolares; si es invierno, y el viento del Riachuelo se cuele despiadado, don Benito se presenta con el clásico sobretodo negro que le toca los tobillos, la infaltable corbata de moño y un tornillo, en la solapa. Si es verano, con el guardapolvo de griseta ceniciento o el pintor azul tres cuartos, que usa para trabajar con los pomos.

Aparece a cualquier hora; le es fácil, pues la escalera principal de mármol de carrara, sale de su taller y desemboca directamente en el patio cubierto donde hacen gimnasia. Pasa por la dirección, y cada vez que se retira a realizar sus diligencias, con ojos aguileños echa una mirada por los rincones. Habla poco, es escueto, directo, de genio fuerte, pero sabe acariciar con la mirada a los chicos, a quienes escucha atentamente. Siempre les envía donaciones de todo tipo, cuadernos rayados que llevan en la portada reproducciones de sus cuadros, tapas de carpetas, hojas, lápices, lapiceras, gomas, pinceles.

Los maestros cuentan que muchos clientes le adeudan dinero por sus obras y le pagan con mercaderías que desplaza a las aulas.

La historia oral acerca numerosas anécdotas. Una mañana, el director pedagógico se aproxima a la maestra de su confianza y con mucha discreción le pregunta:

–*¿Qué número de corpiño tenés?*

–*¿Quééééé?*

–*Sí ¿qué número de corpiño tenés? Necesito saber el talle de todas porque don Benito mandó a la dirección dos enormes cajas de corpiños blancos y negros, para que se los reparta a ustedes y a las porteras.*

La maestra incrédula entra a la dirección, encuentra sobre el escritorio varias filas de corpiños apilados por talle, desde el 70, 75 al 110. Con asombro escucha la tímida indicación del director:

–Llévense los que puedan, hay que agotar la caja; le pagaron una deuda al maestro y no tiene a quien venderlos.

Don Benito, en sus andanzas escolares, revisa periódicamente los pupitres de madera y las patas de los bancos; las paredes, las canillas, el piano de cola lustrado y el piano que él pintó de colores para las clases de música; los escritorios y los armarios de roble. Sus ayudantes, o él mismo, retocan en forma permanente los detalles y las imperfecciones que produce el desgaste. El personal docente y los alumnos lo comprueban apenas ingresan al salón de clase, porque huelen la pintura fresca que delata la acción reparadora del benefactor, que dura en ocasiones, hasta la madrugada. Entonces expresan...

–Ah, por acá anduvo otra vez el maestro.

Es afecto a la lectura de los diarios y muy temprano se levanta, a desayunar el café con leche que le sirve su asistente.

Muchas visitas llegan al museo que ese año inicia su actividad oficial. Especialmente, acceden señoras elegantes con ropas costosas, tacos altos, sombreros, carteras modernas, boinas y guantes. Dicen las bocas sueltas, que el maestro anda en amoríos con una viuda de boina verde, dueña de una fábrica de chocolate. Nadie lo sabe con certeza pero a la escuela siempre llegan, desde hace varias Pascuas, un huevo gigante de chocolate para los maestros y gran cantidad de huevitos para los alumnos. El huevo grande mide un metro de altura y en día previo a las Pascuas lo cortan en la dirección, con un serrucho especial al que llaman *el serrucho del huevo*. Con él, reparten equitativamente el chocolate que llevan a sus casas, maestros y porteros. La actividad, se convierte con los años, en ritual divertido.

Otras veces, sale Quinquela por la puerta angosta a la calle, donde lo espera una fila larga de pobres que vienen una vez a la semana, a recibir en mano unas monedas para los gastos diarios; todos lo saludan con cariño, no falta el que le dice:

–Maestro, necesito unos clavos y tornillos para arreglar la puerta de mi casa.

Quinquela mira al secretario de turno y lo envía a la ferretería para que anoten en su cuenta, lo que requiere el vecino. Siempre tiene secretarios que lo secundan, Victorio, uno de los últimos, conoce a Quinquela por el semblante.

Una mañana suben al museo Haydée Avellán y otra maestra de primer grado a recorrer las instalaciones, quieren verlo trabajar con las espátulas. Le agrada que concurren en las horas libres.

–No puede ser –asegura– que los propios maestros de la casa ignoren las posibilidades del museo para la educación.

Cuando Benito las divisa, las llama con un gesto y las lleva a un cuarto chico adonde guarda una variada producción de obras, acomodadas en el suelo.

–¿Quieren ver algo? Vengan, miren –dice tomando un cuadro de su presunta autoría.

–¿Esto es un Quinquela? –les pregunta–. ¿Qué les parece?

Las maestras no responden. No son expertas, pero consideran que la pintura es auténtica. Mirándolas con fijeza el pintor acota:

–Estas son pinturas de mis imitadores... ¡hay que fijarse siempre en la firma!

Y, mientras las maestras ensimismadas cotejan las pinturas, Quinquela, como fantasma, da media vuelta y sin palabras, desaparece.

Al pintor del muelle y de los barcos, no le alcanza una escuela común, sueña con un gran complejo educativo que brinde a la comunidad una educación completa, unida al arte y a la cultura. Es de avanzada. Sus aspiraciones van muy lejos. Divaga con una institución modelo, contenedora –que posea lactarium, museo, teatro, hospital, consultorio, escuela de artes gráficas– donde las actividades se vinculen interactivamente. Tiene claro lo que el barrio necesita para la muchachada y lo que él, debe hacer para lograrlo.

Como punto de partida vende obras, con el dinero compra tierras en las manzanas aledañas a la escuela y las dona otra vez, al Consejo de educación. Más adelante Dios proveerá.

Las dependencias del Museo se van equipando con excelentes materiales.

El *Mosquito* –convertido en colibrí de vistoso plumaje– se prepara para actuar en otro campo. Ya es Director ad honorem de la escuela Pedro de Mendoza y, específicamente, Director del Museo de Arte, con atribuciones para organizarlo y velar por su desarrollo.

1940. Es incorporado como Miembro Correspondiente, al Ateneo de Ciencia y Arte, de México.

1942. Gobierna Ramón S. Castillo hasta junio de 1943, completando el período presidencial por renuncia de Ortiz.

1943. Le sigue Arturo Rawson, presidente de facto por tres días y luego Pedro Ramírez en iguales condiciones, hasta 1944. A Benito lo eligen Miembro de la comisión del Círculo de Bellas Artes. Viaja a Tucumán, expone en el Museo de Bellas Artes, óleos grabados y dibujos. Produce veintinueve óleos, veinticinco grabados y diez dibujos que muestran a las provincias, la fantasía de un riachuelo con sauces colorados, juncales, pajas bravas.

El color del agua del riachuelo, ha cambiado. Lo notan los boteros, que trasportan de lunes a viernes por una moneda, a los chicos que viven en la isla Maciel y asisten a la escuela.

1944. Gobierna Edelmiro Farrel como presidente de facto, hasta 1946.

Realiza su segunda muestra individual en la Galería Witcomp, con cuarenta y cinco óleos, veinticinco aguafuertes y cuatro dibujos. Es la exposición que cuenta con mayor cantidad de visitas en la historia de las Galerías de Arte, de la República Argentina, asegura Gutiérrez Saldívar.

Dona un terreno contiguo a la Escuela Pedro de Mendoza, para la construcción de un jardín de infantes.

1946. Gobierna Juan Domingo Perón como presidente electo, hasta 1952.

1947. Se inaugura el *Lactarium Municipal n° 4* (Jardín maternal) *Quinquela Martín*, otra de sus metas, a escasos metros del Complejo. Allí se educan gratuitamente los bebés de las madres que trabajan en la zona.

Ese año su vida afectiva recibe una estocada de dolor que lastima de cuajo su corazón; la *Negríta* entrerrriana, a quien siempre veneró como madre, enferma y muere; él se encarga de todo y la despide con infinita tristeza:

–*Adiós madre mía, Justina de mi alma.*

Vive todavía en la humilde casa de la calle Magallanes, entre muebles antiguos, plantas y retratos de su vieja querida. En la intimidad llora la pérdida. Un amigo de fierro –Juan de Dios– lo sostiene en silencio; solo lo aísla de su pena, el enorme trabajo.

Cada mañana, al clarear, camina despacio hacia la escuela donde los hijos de los inmigrantes intentan con esfuerzo, escalar los peldaños del conocimiento, como aspiran los padres. Los compañeros leales lo sostienen ¡lamentablemente no son muchos!

En esa etapa, el Consejo le ofrece una vivienda en el tercer piso. Abandona la carbonería y se muda con los enseres personales. Sus padres ya no viven, no tiene sentido continuar en la vieja carbonería; la casa habitación del Museo está lista, así que se instala en los cuartos que dan al río, con su modesto mobiliario: la antigua cama sin respaldo parecida a un catre, la cobija al telar con rayas de colores, un par de roperitos de cedro de dos puertas con barquito pintado, una mesa de luz, una banqueta de tres patas tapizada, un sillón de cuero, una lámpara antigua, un secreter de colores, retratos al óleo de los padres, la bombita de luz que parte del cielo raso y, un teléfono amarillo y celeste que le fabrica Entel.

En soledad, a la hora del crepúsculo, con la verde mirada en la lejanía, más allá de la sustancia dura de los vidrios, el pintor escudriña desde el mirador del tercer piso el paisaje ribereño. Mira y mira, se nutre de esperanzas e ilusiones y capta inmensidades que más tarde plasma en sus pinturas; toma elementos de la realidad y los intercala con atrevida fantasía. Desde el nuevo domicilio –acompañado con la

melodía de los acordeones marineros del bar de la esquina de Iberlucea y Pedro de Mendoza— continúa su estilo de lucha para que el barrio no se estanque.

1948. Disuelta la Peña del Café Tortoni los artistas y escritores empiezan a reunirse en el atelier de Quinquela.

—¿Cómo afianzar el arte? —escarba Benito— ¡Todo empieza y termina! ¿Cómo sigo esta vez? Por sugerencias de un amigo inventa la *Orden del Tornillo*, un premio que se le ocurre para movilizar a los creadores. Consiste en regalar un grotesco *tornillo de metal*, de diez a quince centímetros, a individuos de ambos sexos que logren agujerearse el cerebro, oxigenarlo, romper las estructuras y trascender en cualquiera de los recreos que necesita el alma (pintura, escultura, teatro, poesía, canto, música, narrativa, política, ciencia, técnica).

A todo hombre le falta un tornillo, asevera Quinquela Martín mientras elige por unanimidad de voto propio, al candidato merecedor de la Orden que, en principio no llama la atención de los artistas pero luego, se vuelve prestigiosa y codiciada.

Importantes hombres y mujeres de la cultura porteña y de otros países reciben en emotivo acto, la máxima distinción. El Maestro, durante el acontecimiento en el museo, se viste con el uniforme naval de *Gran Maestre de la Orden del Tornillo* que tiene botones de barcos, solapero con tornillo y gorra marina, regalo del amigo, capitán Verzura. Así vestido, coloca en el cuello del invitado la simbólica orden que cuelga de un cordón de pasamanería, siempre en domingos, durante el almuerzo que sirve personalmente.

La comida consiste en fideos, ñoquis, tallarines amarillos, verdes, y celestes, que alcanzan los secretarios en grandes fuentes. Los fabrican, especialmente para la ceremonia, en una panadería de la zona. La fuente humeante, de colores, con abundante queso rayado, enciende el apetito de los comensales que se ubican alrededor de la mesa ovalada de cedro, con mantelería de papel. El festejo se prolonga varias horas, entre acordes de piano, una copa de vino y tangos que cantan a coro, los concurrentes.

Más de trescientas personalidades desfilan para recibir en los almuerzos la Orden del tornillo, la que suspenden por mandato del creador, el mismo día que el anfitrión enferma.

Entre los premiados, la actriz Tita Merello, el neurocirujano Raúl Matera, el músico Mariano Mores, el actor Luis Sandrini, Zully Moreno, Lola Membrives, Ortiz Tirado, Luis Arata, Jorge Mitre, John Dos Pasos, Berta Singerman, el presidente Sukarno de Indonesia, los hermanos Frondizi y hasta Charles Chaplin reciben la distinción. Al respecto, Geraldine Chaplin desde España viaja a la Argentina, conoce a Quinquela y éste la invita a un almuerzo donde le entrega la orden, para su padre cineasta. La joven, extasiada con la personalidad del anfitrión, regresa a Europa y desde allí lo habla por teléfono para comentarle que en breve irá a Londres, a entregar a su padre la distinción de Buenos Aires.

1949. Entre críticas y adhesiones de sus pares, continúa con óleos, dibujos y aguafuertes. Viaja a Mendoza para la Fiesta de la Vendimia y a la Plata, para exponer en el Museo de Bellas Artes de la provincia de Buenos Aires.

El barrio de La Boca, sin prisa, gana identidad; la gente ama el lugar y lo defiende. Los medios de transporte –tranvías, colectivos, trolebuses, taxis– ya unen puntos del centro con las orillas del riachuelo. La comunidad, en mayoría italiana y española, alberga artistas de renombre. La música y las cantinas con olor a pizza, a pastas y mariscos, atraen a los clientes. Las murgas conquistan la simpatía popular. El club Boca Juniors creado en 1905, trasciende los límites del barrio por el fanatismo de los hinchas que festejan los goles a los gritos y hacen procesiones y murgas barulleras por las calles.

Mientras la barriada florece, desaparecen los baldíos. Se construyen edificios, fábricas, comercios, galpones, barracas modernas. La demografía evoluciona, la xenofilia es evidente, la indiferencia de las personas hacia la naturaleza y hacia los seres humanos empieza a notarse. Decae la limpieza del riachuelo. No son cosas menores.

A la sociedad le brotan los primeros granos... ¿Qué le pasa a la gente? ¿Qué le pasa?

1950. La escuela de Artes Gráficas “Armada Argentina” para obreros, inicia su historia educativa, a una cuadra de la Escuela-Museo, en el terreno adquirido por Benito que insiste en concentrar la totalidad de la oferta educacional, en predios adyacentes.

Como siempre, comparte las fiestas escolares de la escuela primaria, en el patio, donde hay una tarima para los actos.

Nunca olvida –cuenta Haydée Avellán– presentarse con un tornillo de metal en la solapa del largo sobretodo. Ama la música, en especial el tango. La maestra de piano lo sabe, todos lo saben y por eso, cada vez que ella lo ve acercarse al lugar donde dicta su clase, hace un giro de notas y compases y la canción, cualquiera sea, se transforma en *Caminito*, el tango preferido del Maestro. El personal docente y los porteros observan su reiterada conducta: se detiene al costado del instrumento, cierra los ojos y escucha plácido, con una sonrisa apenas esbozada, después abre los ojos y acaricia a los niños con la mirada.

Expone en Rosario y, en Buenos Aires, organiza una exposición para homenajear a su viejo maestro Alfredo Lázzari.

1952. Perón comienza la segunda presidencia, hasta 1955.

1953. Expone en la galería Witcomb sesenta obras y en la ciudad de Bahía Blanca treinta y cuatro óleos, seis dibujos y catorce grabados.

1955. Un golpe militar quiebra el orden constitucional y cae el presidente Perón. Ocupa el cargo como presidente de facto, Eduardo Lonardi, al que le sucede Pedro Eugenio Aramburu, desde noviembre de 1955 hasta el 12 de octubre de 1958.

El pintor vuelve a Córdoba, esta vez para mostrar cincuenta y seis obras, con el auspicio del Gobierno Superior de la provincia.

1956. En el Palacio municipal de Tres Arroyos expone veinticuatro obras y en Coronel Dorrego, catorce.

1957. Expone en la Asociación de Arte Impulso Bs. As.

Otro de los proyectos del filántropo se hace realidad, comienza la construcción del Instituto Odontológico Infantil, en un terreno de su donación.

1958. Gobierna Arturo Frondizi electo presidente, hasta 1962.

Quinquela participa en Tandil y en La Plata con sus pinturas.

Trasmite energía y vigor, jamás indecisión. Su creatividad lo autoriza a arrojar las convenciones al fondo del riachuelo.

Sus pinturas –verdaderos documentos sobre el barrio– incluyen también bruma y misterio, árboles desnudos, muelles fantasmas, cementerios de barcos mutilados, aguas saturadas de aceite con veleidades de arco iris y cerámicas de osado tamaño que hace hornear por partes, en la escuela técnica Otto Krausse, de Paseo Colón.

Fue mosquito, colibrí y ahora es cóndor, sobrevolando las aguas turbias del riachuelo.

1959. Expone en el Salón dorado del Palacio municipal de La Plata, treinta y nueve óleos, varios dibujos y un esmalte sobre hierro.

Se inaugura el Instituto Odontológico Infantil, hoy Hospital Municipal de Odontología infantil don Benito Quinquela Martín, en la avenida Mendoza, junto al río.

Pelea con aguda percepción para que el barrio no se estanque. Se da cuenta con sus compañeros, que el trabajo floreciente del puerto empieza a disminuir, se apoca rápido. Que el riachuelo no es el mismo y que en el punto álgido de la Vuelta de Rocha, una cortada sin luz, sucia, cubierta de yuyos, espinas y alimañas, acecha a los vecinos. Sin demora, solicita por escrito a la municipalidad la cesión de la cuadra abandonada, por donde antes habían circulado los vagones cargados de fardos que unían las antiguas paradas de “La Boca” y la “Casa amarilla”, con la estación inicial del tren, en Paseo Colón y Venezuela, allá por 1863 cuando habían tendido los primeros rieles.

La cuadra con maleza, a cien metros de la escuela museo, tiene un tramo de vía que espera ser desenterrada.

–*Queremos recuperar el espacio* –reclaman los habitantes del barrio, en voz alta, mientras los rieles nostálgicos agonizan de herrumbre.

Don Benito no se da por vencido; es testarudo, férrico, defiende la querencia, quiere transformar la cortada de la vía, en un camino de luz, en un callejón cultural, en homenaje al compañero entrañable de aventuras, el músico tanguero Juan de Dios Filiberto.

Rodeado de personas con las que comparte actividades, ejerce fuerte liderazgo. Según las circunstancias es agudo o alegre, severo o perspicaz. Tanto puede golpear una puerta con el estruendo de la raíz cuadrada, como ser un perfecto anfitrión; en él no caben medias tintas.

Por fin el ansiado callejón de la Vuelta de Rocha se inaugura. La barriada festeja el alumbramiento de un camino adoquinado, con reminiscencias de sendero catamarqueño que, en lugar de tunas en sus laderas, muestra paredes de conventillos y casas humildes de chapa acanalada, donde vive la gente del barrio y funcionan los ateliers de los pintores, sin herraduras ni antifaces.

Se trata de un “Caminito” diáfano, policromo, pintoresco en afectos, reservorio de historia, manojo de cultura.

“Caminito que el tiempo ha borrado / que juntos un día nos viste pasar / he venido por última vez / he venido a contarte mi mal”.

(Gabino Coria Peñalosa y Juan de Dios Filiberto)

La versión completa del tango se lee en la cerámica que decora la pared de la calle Magallanes e Iberlucea, donde termina *Caminito*; el contenido denota la pasión de aquellos muchachos poetas, a los que el carbonero Chinchela denomina *sabandijas*.

Los turistas atraídos por el puerto, las características del barrio, las picadas abundantes de los bares antiguos, los museos, y los murales de la escuela Pedro de Mendoza, recorren el circuito e ingresan acompañados a las aulas, a contemplar en silencio las pinturas de Quinquela, mientras los educadores y los alumnos de primaria –acostumbrados a las visitas– prosiguen con sus clases.

1960. El puente Nicolás Avellaneda es declarado monumento histórico. Con el corazón mirando al sur, La Boca desarrolla su cultura.

Así como mutan las estaciones del año, en forma natural, surgen en el barrio costumbres de bancos y sillas en las veredas, mateadas a la siesta con el vecino, el cruce de los chicos a la plaza para que jueguen solos, las caminatas tranquilas al anochecer hasta la pizzería y las cantinas, la vuelta del perro para mirar vidrieras, las ventanas abiertas de

par en par, las puertas sin llave. Las maneras de ser y hacer conforman hábitos culturales que dan cuenta del carácter social de la barriada y, aunque la población aumenta, viven la tranquilidad como algo estable; se respetan y se conocen, impera el sello de la buena convivencia, sienten orgullo de pertenecer a la comunidad.

Es común ver a los vecinos auto convocarse durante los festejos patrios en la plaza de *Los suspiros*, frente al mástil de la vuelta de Rocha. Desde allí, el carro de bomberos tirado por caballos, con Quinquela en la parte más alta luciendo el uniforme de General de La Boca, sale en caravana por la avenida mientras la barriada aplaude con entusiasmo, en medio de las bocinas de los barcos del puerto y la sonrisa pícara del pintor.

Es cierto que la peculiar Boca es, en el imaginario colectivo, un pequeño país italiano inmerso en la Argentina y que hábitos viciosos: papeles en la calle, veredas sin lavar, deshechos en el río, suciedad en el puerto, empiezan a acentuarse.

1961. El pintor continúa su trabajo con ahínco. Participa con sesenta y dos obras en la Galería Witcomb de Buenos Aires.

El director titular de la escuela, señor Orlando Cella comparte los recreos con el personal; Quinquela se acerca cuando los ve reunidos. Hay que decir la verdad: el vocabulario de don Benito, en oportunidades, deja que desear, es boca sucia. En tiempos en que las mujeres no dicen groserías en público, a él se le escapa –voluntariamente– alguna palabrota, aún en el patio y delante de las maestras, que se entrompan, mientras los varones festejan con carcajadas la travesura.

1962. Un golpe militar destituye al presidente Frondizi; completa el período José María Guido, hasta 1963.

1963. Gobierna como presidente electo Arturo Umberto Illia. En 1966, una revolución encabezada por Juan Carlos Onganía lo derroca. Benito dona la obra “Hora azul en La Boca” para la fundación del Museo de Bellas Artes General Urquiza, resultando Primer Presidente Honorario.

Expone una obra, en el Jockey Club de Montevideo.

Quinquela tiene muy buenas amistades. Es solitario pero no escapa a la farra, las mujeres, la música, las comilonas, el tango, el buen vino,

los amigos. Cierta noche, en compañía de Garrido (el escribano mayor de gobierno) salen a cenar por las inmediaciones. ¿A quién encuentran amenizando la reunión? A Dossetti, el maestro de música de la escuela, que atiende con su padre una fábrica de zapatillas. El humilde muchacho, para engrosar su mensualidad, integra la orquesta del cabaret de La Boca.

1964. Participa en la muestra itinerante de pintores argentinos, que se realiza en el tren Cinta de Plata, de Retiro a Jujuy.

Al taller de Benito acuden asiduamente Juan de Dios Filiberto y el director Cella. Alguna vez en la semana, almuerzan juntos.

En cierta oportunidad, el vicepresidente de la nación Carlos Humberto Perette, se acerca al Museo con un grupo de radicales; don Benito lo invita a la inauguración del mástil de afuera de la escuela que se realizará pronto. El acto se lleva a cabo y Perette no va. A los pocos meses, precisamente el primero de enero, temprano, horas después de la fiesta de Año Nuevo, el director Cella recibe un llamado en su domicilio. Es Quinquela. Intranquilo le pregunta:

—¿Qué pasa don Benito?

—No se asuste Cella, lo llamo para que venga a la escuela; está por llegar Perette a enarbolar el pabellón nacional en el mástil del frente.

—Pero... ¡si ya lo inauguramos!

—No importa, Perette no lo sabe. Lo espero.

Así es Quinquela Martín, imprevisible, audaz. Quizá la niñez dura, mezquina en caricias, lo impulsa a la lucha permanente, a vencer la adversidad con buen humor y fantasía.

1966. Gobierna Juan Carlos Onganía como presidente de facto, hasta 1970.

La escuela tiene una sorpresa: la creación de un distintivo escolar, cuyo original obra en la dirección del establecimiento y dice textualmente, al dorso. “*Se instituye el distintivo de la Escuela Museo Pedro de Mendoza. La iniciativa de su creación corresponde al director escolar Orlando Cella quien solicita asesoramiento artístico al maestro Quinquela Martín. Se dispone entonces de común acuerdo con el vice director Juan Antonio Borro, que reproducirá la fachada de la escuela museo, pues ella*

representa en forma gráfica el sentido espiritual que determinó su creación, distinguiéndola del común. La maestra secretaria Aída Lombardo y Humberto Garbino trabajan activamente en el proceso de gestación e institucionalización.” Los delantales de los docentes quinquelianos llevan hoy en la solapa, un pin, copia del viejo distintivo.

Se inicia la construcción del Teatro de La Ribera en predio donado por el benefactor Quinquela. Es una obra que demanda dinero y tiempo.

Al establecimiento escolar ingresa la maestra María Rosa Ferro, ella escucha en los recreos que al dirigirse al pintor, todos lo llaman Quinquela; le parece atrevida esa manera; es nueva en la escuela, nunca lo ha tratado y como tiene que hacerle unas preguntas duda cómo llamarlo. Se le acerca y con timidez le dice:

–*Maestro...*

Quinquela se da vuelta y cortante, le contesta:

–*Yo no soy maestro, maestros son ustedes.*

–*Perdón.*

–*No, no; está bien, está bien...*

Ese año, el gobierno promulga una ley de ordenamiento portuario dado el estado de suciedad del puerto, considerando que debe mejorar y establecer formas de trabajo que pongan al movimiento portuario argentino, en condiciones de competitividad con el resto del mundo.

1968. Quinquela Martín dona cincuenta grabados al aguafuerte y veintisiete óleos al Consejo Nacional de Educación, para que sean incorporados al Museo de Artistas Argentinos, donde figuran obras de conocidos boquenses: Daneri, Stangaro, Diomedea, Lázzari, De la Cárcova, Alice, Victorica, Berni, Ciochini, Lacámara, Pedone, Grasso, Gramajo Gutiérrez, Cháscales, Calabrese. Cada una de las expresiones evidencian, en conjunto, el tesoro artístico nacional.

1970. Gobierna Roberto Levingston como presidente de facto, hasta 1971.

1971. Gobierna Alejandro Lanuse como presidente de facto, hasta 1973.

Se habilitan las terrazas del Museo de Bellas Artes de la Boca para la exhibición de esculturas de los artistas. Expone en el Jockey Club de La Plata.

En cuanto al proyecto del teatro ¡por fin las luces se imponen a las sombras!

El sueño del Teatro de la Ribera es real, está por inaugurarse en el terreno contiguo a la escuela, tiene seiscientos butacas de colores y un escenario de catorce metros por quince, pero el escenario ¡diablos! no cuenta con cortinas ni telones. El maestro preocupado, busca soluciones.

—*Alguna aparecerá*, pronostica.

A la tarde tropieza con el personal —narra Haydée— y les enseña una lámina.

—*Muchachos, miren esto... ¡ehhh!* —*increpa a los dispersos— ¿no me escuchan?, miren esto.*

Les muestra una acuarela pálida, del tamaño de un cuaderno. Alguien le pregunta:

—*¿Qué va a hacer con eso, maestro.*

—*Necesito los telones para el teatro.*

Y sale a la calle; ellos no saben adónde, nunca lo dice; al regresar tropieza con el grupo y una docente le pregunta:

—*Y... maestro ¿cómo le fue?*

—*Listo... ya tengo los telones ¡y qué telones! responde sonriente.*

—*¿Saben muchachos? Este no es un teatro común, es el que recibirá mi barrio como herencia; es un Teatro para siempre.*

Escaso de dinero, se decide a pintar personalmente la cúpula —no con figuras de ángeles ni con siluetas femeninas que no son su especialidad— sino con un sencillo cielo estrellado, cuenta Haydée. Cuando finaliza los seis murales para la sala y los dos del hall de entrada, dirige, hasta en los mínimos detalles, la colocación de los telones de terciopelo rojo y las cortinas del escenario, generosas en frunces, que se desplazan hacia el frente para achicar o agrandar la superficie del tablado.

Acuerda la fecha de inauguración y con las autoridades educativas del Consejo, organiza el acto oficial al que asiste el general Agustín Lanuse y su esposa.

Sirenas, estruendos y festejos acompañan la batucada cultural que halla, en las orillas de Buenos Aires, un lugar físico de nivel para la expresión artística.

Las instalaciones pegadas a la escuela, posibilitan festejar los acontecimientos escolares a las familias del entorno, incluidas las de la isla Maciel, que envían abundante matrícula.

Basta que ingresen los niños al teatro para que pierdan la timidez y se motiven con las luces, la platea, las alfombras, la escenografía, las pinturas. Los chicos viven a pleno la magia de la escena; ello colma de satisfacción al hombre que creó un puerto y puede, con fervor, ofrecer a los humildes de La Boca un lugar con igualdad de oportunidades para que dejen de ser los pobres intelectuales del sur.

El Riachuelo se mortifica con los residuos que lastiman sus aguas.

1972. En medio del invariable giro de las tardes, Quinquela prosigue su tarea de pintar; su estilo se impone por la capacidad ilimitada de ser él, de manifestarse sin sombras, sin odios, sin resentimientos. El dolor no lo contamina ni lo envilece, no huye de sí mismo, al contrario, su espíritu cargado de positivismo le devuelve a la vida, lo que ella le regala.

En reconocimiento del brillante camino trazado, la universidad de Buenos Aires lo nombra Miembro Honorario de sus claustros.

Por este tiempo llega del Consejo Nacional de Educación una Resolución indicando que se incorpore el contenido Filatelia en las escuelas. El tema resulta nuevo para los maestros y aunque la correspondencia es un medio masivo de comunicación les produce inquietudes ¿de dónde sacar material?, ¿cómo enseñar?, ¿a quién preguntar? María Eugenia Bortolamedi, la maestra de quinto grado, aprovecha un acto escolar en el teatro y luego de su discurso sobre el escenario, les dice:

“Ahora quiero hacer un pedido a los que envían y reciben cartas de todo el mundo, necesitamos estampillas para enseñar filatelia en las aulas, por favor, si tienen algunas acérquenlas a la dirección”.

A los tres días, llega el secretario de Quinquela con un álbum de filatelia y una serie de estampillas extranjeras.

Para el pintor sigue una etapa más tranquila en cuanto a la producción. Se visita con amigos; algunos colegas lo invitan a comer y le muestran sus obras y pinturas para escuchar luego su palabra autorizada. Cuando las evalúa, prefiere recluirse en algún cuarto donde nadie lo interrumpa, previa disculpa ante el dueño de casa:

—Cuando miro obras yo no como, ni fumo, ni bebo; prefiero retirarme, ustedes sigan tranquilos.

Después que las devora en detalle y las disfruta, devuelve su opinión estimulando con generosidad al autor:

—Éstas sí son pinturas mi amigo, las más son las de un pintor de brocha gorda.

Por los atardeceres, en alianza secreta con El Riachuelo a quien le confiesa sus angustias, clava sus ojos en el puerto desde el balcón vidriado. Su riacho de colores está sucio y el marrón del paisaje le enturbia el corazón.

Entonces hace volar el espíritu y la mente. Lo sueña colorido, poblado, transparente.

1973. Es el año de los cuatro presidentes. Finaliza Lanuse. Sucede por elecciones, Héctor Cámpora. A su renuncia asume provisionalmente Raúl Lastiri. En un nuevo llamado a elecciones, gana Perón que ejerce la presidencia hasta su muerte, en 1974.

Cuenta María Rosa Ferro que una tarde, entra a la secretaría de la escuela la mamá de un alumno; su hijo falta a clases porque ha sido operado del corazón; al preguntarle cómo está el niño, la madre echa a llorar diciendo:

—A mi hijo lo operaron en el Clínicas pero tengo que pagar al anestesista y no tengo de dónde sacar, ¿no me podrá ayudar la escuela?

—Espere, le averiguo en la dirección.

—Señora, la escuela no tiene plata, pero... ¿por qué no sube al museo y habla con don Benito?

La madre, que no sabe nada del museo ni conoce al pintor, recibe claras indicaciones de cómo llegar a él, con esta salvedad:

—*Por favor, no diga nada que la mandamos nosotras.*

A los quince minutos, baja la señora resplandeciente:

—*Señorita, Don Quinquela me va a pagar el anestesista, la secretaria que lleva el control de la plata me lo dijo.*

El barrio sin prisa gana identidad, los pintores lo ayudan desde el arte pero el cauce del riacho, corazón del barrio, se va enturbiando y la vegetación se vuelve rala, inexistente.

Las fábricas de las orillas de La Boca y de la Isla Maciel invaden el espacio con humos densos y dañinos. Frigoríficos y curtiembres arrojan tintas y residuos al lecho. Las bolsas callejeras de nylon y los paquetes de basura atorán las bocas de tormenta. Las casas de los alrededores se inundan con el azote de las sudestadas. El pobre río, perfumado con bromo, alquitrán, aceites, aguas servidas, se convierte en depósito de trastos.

La espuma de la orilla es un rastrojo.

Gime el barrio de sol, envuelto en sombras.

El Riachuelo, sin plan, sin intención, se traga la claridad.

En tanto, el enjuto Quinquela, viejo y solo, reconocido en el país y en otras latitudes, insiste en que *los barcos son símbolos de los inmigrantes, señales que perduran como el libro y las artes*. Múltiples padeceres lastiman el alma del pintor: la muerte de la madre, la decadencia del puerto, su propia soledad, la salud que se le resquebraja, el Riachuelo que se infecta.

Siempre reflexivo, coteja la vida de los barcos con la de los hombres, encuentra en las historias comparadas, mucha similitud; sosteniendo que *los barcos y los hombres pasan por el nacimiento, la vida activa y la finitud*. Esplendor, reparación y muerte, son contenidos pictóricos que el poeta manifiesta con fuerza desgarradora.

Con la sensibilidad que lo caracteriza se aboca al especial trabajo de decorar pausadamente el ataúd que lo llevará en el viaje, sin vuelta, hacia su abra. Cuenta Haydée Avellán, que el pintor colorea con siete tonos pasteles la parte exterior del cajón y adentro, con devoción nacional, pinta la bandera argentina que custodiará sus huesos. Cuando termina la tarea —el hombre que nunca tuvo automóvil ni propiedades— deposita el ataúd en la funeraria del barrio, hasta la hora señalada.

1974. Asume María Estela Martínez de Perón para completar el período presidencial.

Quinquela expone en el Palais de Glace Bs. As.

Perceptivo, con actitud huraña mira el barrio; sus ojos agudos se clavan en los rincones. Con la velocidad del águila y la dureza del acero, indaga los pormenores y recuerda hechos, situaciones y homenajes del pasado. *Yo me sentí ante todo pintor de la Boca y por mi sensibilidad de artista de barrio y mi condición de carbonero del puerto, no me consideraba preparado para recibir homenajes...habrá que disculpármese pues, si un amor y una convivencia que ya dura medio siglo, me llevaron algunas veces a embellecer las cosas y los seres de un barrio... esa adhesión y ese sentido me conquistaron el título de pintor de La Boca que es el único al que aspiro y el que me corresponde en realidad.*

Memorioso, serpentea por los recuerdos del antes y del hoy, donde la decadencia de su río se acentúa con peces de luto y lavanderas ausentes.

El Riachuelo está enfermo. El espíritu del río no es el mismo.

El pintor lo refleja en sus telas con colores de angustia y trazos estridentes; él también se siente muy cansado. Es difícil la lucha, pero rendirse ¡nunca!

En esos días, la señorita María Rosa, sube al museo con una lámina que le obsequió Quinquela, con su firma. Se la muestra y le dice:

–Don Benito, se la enseñé a mi hermano y quedó encantado ¿Podría regalarme una para él?

–Ahora no tengo. Venga la semana entrante. Me prometieron que traerán las grandes, de cuarenta por sesenta.

La maestra agradecida se retiró feliz. Siete días pasan rápido.

En medio del invariable giro de las tardes y entre sus viejos muebles, afronta con valentía lo cotidiano, hasta que una discusión, dicen que le provoca una descompostura que termina en espasmo cerebral y parálisis.

El maestro está solo, sin descendencia, necesita alguien al lado. Entabla entonces una relación con Marta Cerruti, la señora de la boina

verde que los maestros han visto entrar por las mañanas al museo. Ella, mucho más joven (causa comentarios contradictorios en el barrio) ha sido compañera de trabajo en la juventud, cuando él vendía café en el ministerio de obras públicas, adonde se empleó para huir de las peleas con el padre.

Corre mayo. Marta y Benito deciden compartir el otoño de sus vidas. El pintor no camina. Los íntimos, consternados por la hemiplejía irreversible que lo acosa y lo transforma en lumbre débil, lo transportan a una casa sin escaleras, de la calle Suárez y Montes de Oca, para que lo cuide su mujer y lo controlen los médicos.

María Rosa, que espera con ilusión la lámina para el hermano, nunca puede retirarla. Don Benito ya no habita la casa.

El taller queda vacío. La paleta y las espátulas sienten el abandono.

El Riachuelo y el barrio se consternan.

1975. Quinquela no está más en la escuela ni supervisa las actividades; pocos docentes usan los delantales de color; están volviendo al blanco. En ese tiempo, José Carlos Acosta, un joven maestro rural se incorpora a la planta funcional. Trae juventud, alegría y un perfil de actor que divierte a los compañeros. Es alto, nervioso y flaco; se impone al alumnado con voz sonora y potente; le encanta bailar folclore y usar el amplio delantal verde que le toca las rodillas.

Una tarde de recreo, mientras el maestro así vestido cuida el patio, observa que un nene de primer grado se porta mal; el nervioso maestro se le acerca, lo reta en voz alta y pega una zapateada en el lugar; el piojito asustadísimo, huye desparavido a la dirección. Al verlo así, le preguntan:

—*¿Qué te pasa que venís agitado?*

—*El hombre del vestido verde me corrió.*

1976. Un golpe militar derroca a la presidente y asume Jorge Rafael Videla como presidente de facto, hasta marzo de 1981.

1977. Se apaga despacio la vida del Maestro.

El 28 de enero, con ochenta y siete años, hunde la proa de su corazón en un barco sin vuelta. Lo colocan en la caja mortuoria de colores

y lo velan en el patio de la escuela Pedro de Mendoza. El sitio donde escuchara el *tango Caminito*, tantas veces, está lleno de gente; lo lloran los humildes y los ricos, los intelectuales y los analfabetos, recalca Haydée.

El pueblo argentino, amigos y simpatizantes, maestros y alumnos, aún los que no lo conocen personalmente, se pliegan con emoción al homenaje. Los bomberos lo acompañan con los carros repletos de coronas; las columnas largas y sentidas de la gente le brindan un adiós eterno y agradecido.

El inolvidable benefactor de La Boca recibe un entierro colorido como sus óleos; las auto bombas con las sirenas encendidas le hacen guardia de honor y, una de ellas, transporta el ataúd hasta el panteón de los artistas, en el cementerio de la Chacarita, donde lo sepultan.

Después...

El Riachuelo agobiado, toma conciencia de la herida.

Sus vértebras de espuma se trastornan.

Sabe que está definitivamente solo. Contaminado. Putrefacto.

Que sus aguas no son las aguas de los conquistadores ni la de los inmigrantes.

Pide socorro.

Le responde el silencio.

En su derredor, todos pecan de sordos y ciegos.

Las autoridades muestran con sus actitudes que el Sur... está muy lejos.

Mira entonces el barrio, su barrio ¡algo que amó por siempre y quiere tanto! y descubre basura, conventillos apuntalados, obras de arte destruidas, excrementos en las veredas y seres humanos vagando su flacura desteñida por las calles ¡duermen las sombras en las aguas densas!

El Riachuelo no tolera la infinita tristeza que lo ahoga. No soporta su paisaje de aguas oscuras. No se adapta al estatismo del muelle, a la vista de los jóvenes volteados por el alcohol y por las drogas. Quiere afe-

rrarse a algo; busca el escudo de los inmigrantes en la pared del bodegón y no lo encuentra. Se fija entonces en la escuela del querido pintor sin el pintor. Desesperado, decide suicidarse.

Agita con violencia sus aguas, devora la capa de aceite con veleidades de arco iris que recubre su pesada superficie y, en el estertor final, se filtra hacia el centro de la tierra.

En su loca carrera hacia las rocas ígneas, atropella auto partes, arrastra esqueletos y, dispersa en la ribera, los últimos cadáveres que ayer, tiraron en su cauce.

MILONGUITA DE MI ESCUELA

Letra: Martha Arias

Música: Ligia Aulita.

Ribera sur de la Boca
conventillos de color
canzonetas, pasodobles
y barcos de estibadores
en tiempos de inmigración.

La Boca, escuela nueve
remolino de ilusión
corazones infantiles
que devuelven la caricia
en trabajo y en canción.

La Boca, Vuelta de Rocha
Quinquela benefactor
y los aires del Riachuelo
que navegan en lanchones
hacia Caminito en flor.

El Riachuelo y las barcasas
la sirena y el timón
y una escuela sesentona
que va sembrando en las almas
la paleta del pintor.

Quinquela Martín Quinquela
para vos todo mi amor.

EPÍLOGO

Remontar los ríos europeos en julio de 2006, me permitió dos grandes cosas: deleitar mi alma y afianzar la idea de terminar este libro, comenzado en el 2002 y puesto a dormir, hasta hace poco.

Tuve la gracia de navegar por el Támesis; desde su cauce fotografié la torre del Big Ben, los castillos y los puentes, las residencias, los establecimientos gubernamentales, las casas, la Noria gigante y después, trepada en sus alturas, pude apreciar otra perspectiva del bellissimo río.

Recorrí el Sena en barco; instituciones, palacios, edificios, monumentos, torres, cúpulas, hoteles, iban apareciendo a nuestra vista precedidos de carteles indicadores con alto valor turístico, por los nombres de los sitios que atravesábamos. Muy cerca de la torre Eiffel, en el centro del Sena, una isla artificial poblada de árboles agregó placer a nuestro paso, con su arquitectura cuidada. Los puentes, por donde circulaban personas y vehículos, se sucedían uno tras otro, con farolas, columnas y esculturas espléndidas que provocaban el asombro. París, dividida en dos, mostraba en ambas costas, barcos y lanchones, chatas y veleros; la limpieza del agua me sacudió el espíritu.

Anduve en catamarán por las aguas del Rin apreciando los castillos que emergen de las montañas verdes que bordean el río; observé las residencias de dos y tres pisos que están sobre la orilla del agua, contenida por paredones de cemento. Me deslumbró el orden y la higiene.

Por el Miño de Chantada, desde las barcas, el paisaje aprisionaba kilómetros de río y laderas de montañas sembradas de viñedos, con granos reventones. Los pueblitos, prolijamente escondidos entre los recodos del camino, aparecían de improviso con sus casas de piedra desiguales y los orrios, donde almacenan los quesos y el maíz. El lecho del río –apenas arrugado por la brisa y surcado por lanchones cargados– avalaba el trabajo y las actitudes consecuentes de los habitantes de Galicia.

Frente al Miño de Orense, a dos cuadras del puente romano y desde el balcón del departamento de nuestro amigo Eduardo, mientras me deleitaba en descubrir alguna rama flotante sobre el tramo del río que corría mis pies, tomé los mates más sabrosos que consumí en España.

Hundí mis dedos desde la góndola, en las aguas de Venecia y, mientras los boteros entonaban románticas canzonetas, mojé mis labios para gustar la sal de la laguna.

Eran poco mis ojos para apreciar tanta armonía, colores, limpieza, diseños, naturaleza viva, rincones verdes, caminos ordenados, tiempos establecidos y respetados.

La belleza aparecía en cada redondez, en cada ángulo. Y las aguas, en buen estado, nos permitieron apreciar, en algún río, un rincón cercado y convertido en playa, adonde los bañistas de todas las edades salpicaban el aire con las burbujas de sus juegos. Me tembló el cerebro. Se retobó el espíritu. La rebeldía me arrancó la paz. ¡Y dicen que los ríos europeos están sucios!

¿Y el Riachuelo?

Lo conozco bien: trabajé en la Escuela Pedro de Mendoza a la vera del río; aspiré los olores nauseabundos del puerto durante siete años; divisé, de lunes a viernes, el paisaje grotescamente sucio de las aguas; escuché los reiterados lamentos de las familias del barrio acerca de la contaminación sufriente; observé a los turistas europeos que conocen y vienen de los ríos de arriba. Entonces me pregunté: ¿qué pensarán estos viajeros de nosotros?

Leí cartas enviadas en el año dos mil, por alumnos primarios de una escuela de educación por el arte del Brown, EE.UU. Los chicos, participantes del proyecto conjunto "De país a país", nos contaban que el Río Hudson, sucio y maltratado, estaba mejorando con las múltiples acciones de las autoridades y la población, que sus aguas habían mejorado. ¿Y el Riachuelo? ¡De nuevo la impotencia! ¿Por qué unos países pueden y otros son tan indiferentes? ¿No es acaso prioritaria la vida? Es mi deseo -y el deseo de muchos argentinos- reparar el maltrato ocasionado al río, navegar algún día con los nietos por las aguas limpias de ese *Río Pequeño* que el artista Quinquela, supo distinguir y plasmar con fervor en sus pinturas, reflejando de la vida portuaria, lo mejor. Y aunque nunca podamos beberla, exijamos todos ¡que no maten más, a nadie!

BIBLIOGRAFÍA

Azara, F. **Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata.**

Bucich, A. J. **La Boca del Riachuelo desde Pedro de Mendoza hasta las postrimerías del siglo XIX.** Gobierno de la Ciudad de Bs. As., 1998.

Béliz, G. **Proyecto Ciudad.** Buenos Aires, Fondo Editorial Nueva Dirigencia, 1999.

Cardozo, A. **Buenos Aires en 1536.** Instituto Histórico Ciudad de Bs. As.

Cagliani, **Historia del Riachuelo.** Art. de la Revista Círculo de la Historia, N°57 , dic 2000.

Correa, M. A. **Quinquela por Quinquela.** Ed Eudeba, Bs. As., 1977.

De España, J. **Quinquela Martín pintor.** Ed Gay Saber, Bs. As., 1945.

Eleta, F. **La armada de don Pedro de Mendoza y el puerto y pueblo de Nuestra Señora de Buenos Aires.** Nuevo enfoque, Boletín del Centro Naval, vol. LXXXV, N ° 670, 1967.

Fitte, E.J. **Hambre y desnudeces en la conquista del río de la Plata.** Emece. Bs. As., 1936.

Fitte, E.J. **Apuntamientos para una historia de la navegación en el Río de la Plata.** Talleres gráficos Mundial. Bs. As., 1972.

Diario, La Razón. Fotos / **El río** / Revista Contratiempo / Fundación de Buenos Aires. Historia gráfica de la ciudad Santa Trinidad.17/6/1980.

Gandía, E. **Antecedentes diplomáticos de las exploraciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Caboto y don Pedro de Mendoza.** Librería García Santos 1932.

Granara Insúa R. **La República de La Boca.** Editorial La Boca del Riachuelo, Bs. As., 1986.

Larreta, E. **Las dos fundaciones de Buenos Aires**. Sopena, Bs. As., 1955.

Livi, H. **Sumario Revista América N° 11**. Memoria del Centro de Estudios Hispano americanos.

Mayochi, E.M. **El Riachuelo padre mitológico de Buenos Aires**. Revista Todo es historia N° 153 Pág 25.

Moreno, C. **El paisaje de un puerto, en la Boca. El color de Buenos Aires**. Editado por el Gobierno de la Ciudad de Bs. As.

Moreno, C. **La vivienda familiar**. La Nación .Bs. As. 1998.

Moutoukias, Zacarías. **Burocracia, Contrabando y Autotransformación de las elites**. Bs. As. en el siglo XVIII. Anuario del IEHS III. Tandil 1988

Mujica Lainez, M. **Misteriosa Buenos Aires**. Bs. As., Ed. Sudamericana, 1999.

Muñoz, A. **Vida de Quinquela Martín**. 4° edición. Bs. As. 1968.

Pagano, J. **El arte de los argentinos**. Ed. Gon Court, Bs. As., 1981.

Periodo colonial. 1600 / 1810. Archivo general de la Nación.

Pigna, F. **Los mitos de la historia**. Grupo Norma

Prilutzky Farny, J. **Quinquela Martín. El hombre que inventó un puerto**. Ed. Plus Ultra Bs. As., 1978.

Rocca, E. J. **El puerto de Buenos Aires en la historia**. Junta de Estudios históricos del Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre, Pedro de Mendoza y Barrio Puerto Madero, 1996.

Serie, **Buenos Aires nos cuenta**. N° 18, Bs. As., mayo de 1990.

Squirru, R., Gutiérrez Zaldívar, I. **Quinquela Martín popular y clásico**. Ed. Fundación Pettoruti, Bs. As., 1990.

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Septiembre de 2007

